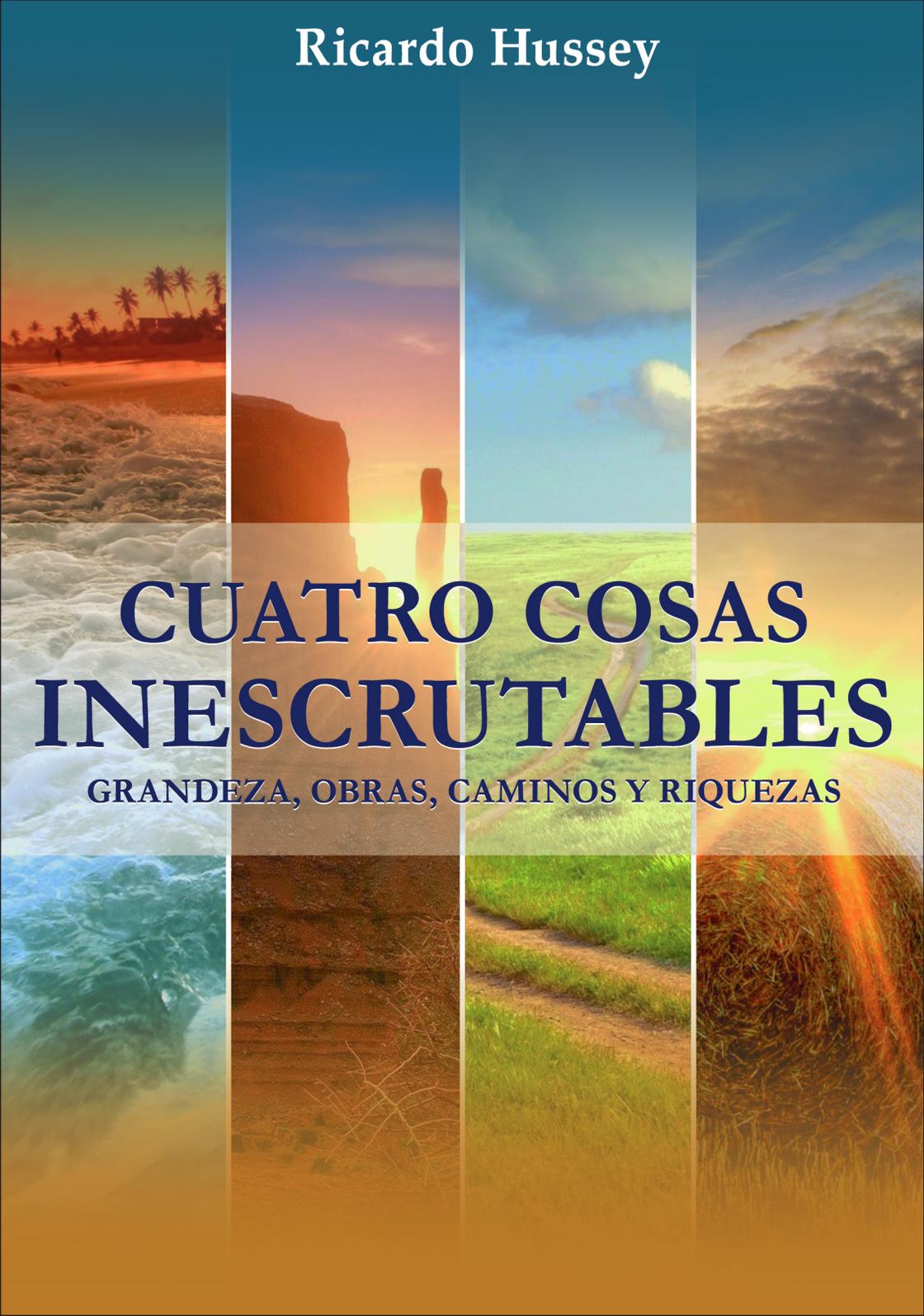


Ricardo Hussey



**CUATRO COSAS
INESCRUTABLES**

GRANDEZA, OBRAS, CAMINOS Y RIQUEZAS

CUATRO
COSAS INESCRUTABLES
GRANDEZA, OBRAS, CAMINOS Y RIQUEZAS

Ricardo Hussey

Cuatro Cosas Inescrutables:
Grandeza, obras, caminos y riquezas.
Ricardo Hussey
1ª Edición - Febrero 2016

Edita: *Editorial Foure*®

Imprime: *Eben Ezer Artes Gráficas.*
www.imprentaebenezer.com
Diseño y Maquetación: *Adrián Fonseca.*

Depósito Legal: SE264-2016
I.S.B.N.: 978-84-943802-5-9

© *Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización expresa del autor, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento.*

Í N D I C E

Sobre el Autor.

Introducción.

Capítulo 1 - Cosas grandes e inescrutables.

Capítulo 2 - José el hijo amado.

Capítulo 3 - El apóstol Pablo. (I)

Capítulo 4 - El apóstol Pablo. (II)

Capítulo 5 - El apóstol Pablo. (III)

Capítulo 6 - Jesucristo, el amado Hijo unigénito.

Capítulo 7 - Mi testimonio personal.

Capítulo 8 - El evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo. (I)

Capítulo 9 - El evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo. (II)

Capítulo 10 - La plenitud infinita de Cristo y Su obra redentora.

Capítulo 11 - La grandeza inescrutable de Dios. (I)

Capítulo 12 - La grandeza inescrutable de Dios. (II)

Epílogo.-

SOBRE EL AUTOR

Ricardo Hussey nació en Buenos Aires en 1927. Se convirtió al Señor a la edad de 15 años, y poco después de terminar el servicio militar, ingresó en el Centro de Enseñanza Bíblica de la Unión Misionera Neotestamentaria, en Temperley, al Sur de la ciudad de Buenos Aires, donde cursó estudios de 1949 a 1951 inclusive. Fue allí donde conoció a la que iba a ser su esposa, Sylvia Meyler Charles, con quien contrajo matrimonio en Abril de 1958.

Muy poco después se trasladó con ella a Inglaterra, y por 13 años fue funcionario de la entonces empresa estatal Aerolíneas Argentinas, en Londres primero, y posteriormente en Manchester. Durante este período nacieron cuatro de sus cinco hijos.

Paralelamente a su trabajo seglar, durante 18 meses fue pastor laico de una asamblea Elim, en el condado de Kent, y a poco de ser trasladado por su empresa a Manchester, pasó a ser miembro del presbiterio de una iglesia en Liverpool, en la cual el Señor derramó ricas bendiciones, y de la cual salieron posteriormente siervos y siervas hacia otras partes del Reino Unido, y a muchos otros países también.

En Mayo de 1971 renunció a su cargo en Aerolíneas Argentinas, pasando desde entonces a servir al Señor a tiempo pleno. Lideró, junto con su esposa, una comunidad de fe y de vida en el Norte de Gales por casi siete años, y sirvió también con ella como misionero en España por más de diez años, y en la Argentina por cinco años.

Desde Octubre de 1994, residió con su esposa en Reading, cerca de Londres, estando integrado en el "Earley Christian Fellowship", en el cual formó parte del equipo ministerial siendo además, anciano consultivo.

Fue también consejero de la iglesia de habla hispana C.E.L. (Congregación de Evangélicos de Londres) fundada por el hermano Claude Shepherd aproximadamente en el año 1960.

Después de unos 17 años muy bendecidos en Reading, se trasladó recientemente, en abril de 2012, a la ciudad de Liverpool, asiento de la iglesia madre desde la cual fue comisionado a la obra misionera hace casi 42 años. Ha sido un volver al punto de origen, como el salmón.

A menudo acompañado por su esposa, ha seguido realizando por unos buenos años viajes ministeriales a España, donde él y ella son bien conocidos en muchas iglesias por casi todo el país, incluyendo las de los hermanos gitanos, denominadas "Filadelfia".

También realizan en pequeña medida visitas ministeriales dentro del Reino Unido, y en el pasado lo han hecho asimismo con regularidad cada año a Irlanda del Sur y la isla de Chipre.

Juan Torres, misionero de la Cruzada Mundial de Evangelización, lo conoce desde hace más de 35 años. En una ocasión, al presentarlo en una iglesia en Valencia donde no era muy conocido, lo hizo diciendo de él que muchos de los siervos de

Dios de la actualidad en España han sido formados o enriquecidos por su ministerio.

Este es su décimo cuarto libro, constando la lista de los trece anteriores en la solapa de la contraportada.

Liverpool, Septiembre de 2015.

INTRODUCCIÓN

Un querido consiervo residente en el país vasco nos preguntó en el mes de Marzo pasado si estábamos considerando escribir otro libro. La respuesta fue que nada de eso teníamos previsto. Casi irónicamente diríamos, al día siguiente comenzó a bullir en nuestra mente la palabra inescrutable, y de las cuatro veces que aparece en las Escrituras, empezaron a brotar en abundancia cosas que nos movieron a comenzar los manuscritos de éste, nuestro decimocuarto libro.

En primer lugar pasamos a citar los cuatro versículos en que aparece la palabra. En el Salmo 145: 3 se declara del Señor Jehová que Su grandeza es inescrutable. Lo mismo se afirma en cuanto a Sus obras en Job 5:9, a Sus caminos en Romanos 11:33 y a las riquezas del evangelio de Cristo en Efesios 3:8.

Nos tememos que muchas veces se tiene una idea aproximada del significado de una palabra determinada, pero no se la comprende en todo su sentido y alcance. En un tomo que contiene antónimos y sinónimos hemos

encontrado los siguientes vocablos presentados como del mismo significado: incognoscible, impenetrable, indescifrable e insondable.

Con todo, al tratar de explicar y definir lo que resulta inescrutable, nos tomamos un atrevimiento muy grande: el de prescindir de toda explicación y definición dada por los diccionarios.

Antes de dar el por qué nos apresuramos a aclarar que a lo largo de nuestra vida hemos hecho un buen uso de varios diccionarios, entre ellos el ilustrado de Sopena, en su cuarta edición de 1930, el Usual de la lengua española de Larousse, y en alguna menor medida el de María Moliner y el de la Real Academia Española.

En inglés nos hemos valido del Chambers Twentieth Century Dictionary y el combinado de Collins y Thesaurus entre otros, todos los cuales nos han servido de forma inestimable en nuestra modesta formación, tanto para la prédica oral como para las obras que llevamos escritas.

Pero en el terreno particular que nos ocupa - lo inescrutable de un Dios, un Cristo y un Espíritu Santo de infinitud absoluta y eterna - se hace necesario echar mano de lo que nos dice y enseña la Biblia - el sagrado libro que se nos ha legado - y examinar en ella Sus obras portentosas y maravillosas, Sus caminos insondables, Sus riquezas inescrutables, y asimismo la fuente de la cual brotan todos ellos, es decir Su grandeza, también inescrutable, e increíble, esto último como a su debido tiempo veremos ampliamente ejemplificado.

Desde luego que no pretendemos hacerle plena justicia a toda esa grandeza. El mero hecho de que somos finitos y

de recursos limitados, hace que nos resulte imposible describir cabalmente lo que es infinito e ilimitado. Con todo, buscando humildemente la guía e inspiración de lo alto, procuraremos ir plasmando lo que hemos ido aprendiendo en el correr de no pocas décadas, para presentar nuestro pequeño cuadro – digámoslo así – de la grandeza y gloria sublime de nuestro incomparable Trino Dios, y de Sus obras, caminos y riquezas.

El mismo se asemejará a una pequeña piedra o roca, en comparación y contraste con una gran montaña cuyo pico elevadísimo apenas se logra divisar. No obstante confiamos que el Señor, en Su condescendiente gracia y caridad, se digne valer del mismo para nutrir, edificar y enriquecer la vida de aquéllos a cuyas manos haya de llegar el libro.

Como hasta el presente seguiremos tratando de que se lo ofrezca a un precio tan módico, que prácticamente lo ponga al alcance de todo bolsillo. Y también como hasta el presente seguiremos destinando lo que se recaude de la venta para donar a la obra del Señor, según Él nos vaya indicando.

Finalmente, antes de adentrarnos en el vasto e inagotable tema que nos hemos propuesto, queremos dar un pequeño testimonio de lo bien que personalmente nos ha hecho y nos sigue haciendo, el saber que tenemos un Dios de semejante grandeza y perfección. Además de sentirnos altamente agradecidos y llenarnos de gozo, nos comunica una seguridad y confianza absoluta de manera que podemos hacernos pleno eco de las palabras de Pablo en Filipenses 1:6 *“estando persuadido de esto, que el que*

comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo.” De un Dios como el nuestro, no podemos ni debemos esperar nada menos que eso: un final precioso y perfecto.

• 1 •

Cosas grandes e inescrutables.

La primera aparición de la palabra la encontramos en Job 5:9, y con la misma se nos abre un abanico muy grande para comenzar a considerar las obras inescrutables de nuestro gran Dios. Se podría pensar en reflexionar y exponer primero sobre Su grandeza, para luego pasar a explorar Sus obras, caminos y las riquezas del Evangelio de Cristo. Sin embargo preferimos seguir el orden inverso, pensando que esto nos capacitará más para tratar finalmente de describir, hasta donde nos sea posible, algo de Su grandeza y gloria inconmensurables.

Las palabras citadas en la primera aparición del vocablo brotaron de los labios de Elifaz temanita, uno de los tres supuestos consoladores de Job que acudieron a apoyarlo al enterarse de su tremenda desdicha. Al igual que los otros dos - Bildad suhita y Zophar naamatita, y también el joven Eliú que disertó largamente más tarde en el libro, pensaba que Job necesariamente debía haber cometido muchas

fechorías y maldades para que le sobrecogieran semejante calamidad y sufrimientos como los que estaba padeciendo.

Extraña y casi irónicamente, ellos tenían delante de sus propias narices un hecho que respondía con mucha precisión a lo dicho por Elifaz - *“cosas grandes e inescrutables”* - y no sólo no lo sabían ni entendían, sino que lo veían desde un punto de vista totalmente erróneo.

A mayor abundamiento, hemos oído de algunos que demuestran entender muy poco o nada de las cosas grandes e inescrutables del Altísimo, que afirman que el dolor y sufrimiento que padeció se debieron a sus temores y falta de fe. Citan entre otros, su temor de que sus hijos podrían haber pecado (ver Job 1:5) y sobre todo sus palabras *“porque el temor que me espantaba me ha venido, y me ha acontecido lo que yo temía.”* (3:25)

Esta postura queda rotundamente desmentida por el hecho, en primer lugar, de que el mismo Señor se hacía a sí mismo responsable de haberlo arruinado sin causa. (Ver 2:3)

Y por supuesto que la culminación del libro, confirma palpablemente que todo ese dolor no era la cosecha de una mala siembra de temor o falta de fe, sino algo de un alcance mucho mayor y maravilloso. Se trataba de un trato muy particular y especial para con un hombre digno y de tal integridad que el Señor podía decirle al mismo Satanás: *¿“... No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal?”*

Ese trato particular y especial suponía hacerlo pasar primero por la fragua del dolor, para luego sacarlo como oro puro y resplandeciente, y enriquecido y bendecido

sobremanera. Además de todo ello, toda la trama del libro y el desenlace final nos aportan un caudal inestimable sobre muchísimas verdades, figurando prioritariamente la del camino de la cruz, que aparece tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, como un principio clave firmemente establecido por el Señor.

Resulta significativo que en todas las corrientes dudosas y nuevos vientos de doctrina que van surgiendo, este principio fundamental, vivido, ejemplificado y proclamado por nuestro amado Señor Jesús, se encuentra totalmente ausente. A algunos, bien les cabría el calificativo de *“enemigos de la cruz de Cristo”* que Pablo hace en Filipenses 3:18.

Estas cosas grandes e inescrutables a menudo se relacionan y entrelazan en cierto modo, con una serie de versículos y pasajes paralelos que pasamos a citar a continuación. *“Ved ahora que yo, yo soy, y no hay dioses conmigo; yo hiero y yo sano; y no hay quien pueda librar de mi mano.”* (Deuteronomio 32: 39)

“Jehová mata y él da vida; él hace descender al Seól, y hace subir.” (1^a. Samuel 2: 6)

“Porque él es quien hace la llaga, y él la vendará; él hiere y sus manos curan.” (Job 5:18)

“...el día que vendare Jehová la herida de su pueblo, y la llaga que él causó.” (Isaías 30:26)

“...porque como hiere un enemigo te herí, con azote de adversario cruel, a causa de la magnitud de tus maldades y de la multitud de tus pecados.” *“Mas yo haré venir sanidad para ti y sanaré tus heridas.”* (Jeremías 30: 14 y 17)

No pretendemos desmenuzar cada una de estas citas en atención a su contexto y las circunstancias en que se pronunciaron, pues aparte de resultar muy extenso, supondría hasta cierto punto desviarnos del tema hilo conductor en que estamos.

En cambio, generalizando, vemos la verdad extraña, totalmente paradójica y casi contradictoria, de un Dios de amor que causa profunda herida a Su pueblo en general, en el caso de Isaías 30: 26, y asimismo a hombres y mujeres a quienes ama entrañablemente.

De hecho, por cierto que lo es para aquéllos que están en el proceso de padecer la dolorosa herida que se les ha causado.

No obstante, al madurar en la vida espiritual, y sobre todo al pasar a la etapa de la cura y restauración, se ven y se comprenden las cosas desde una óptica muy distinta. Se pasa a entender que, espiritualmente hablando, antes que la vida tiene que venir la muerte; que antes que la exaltación tiene que venir la humillación o el abatimiento, y antes de la dicha de una verdadera sanidad tiene que experimentarse el dolor de la herida.

Al mismo tiempo, no queremos caer en la estrechez de pensar que todos, absolutamente todos, deben seguir este camino. El espectro de todo el consejo de Dios de que habla Pablo en Los Hechos 20:27 es muy amplio y variado. Pablo por cierto que vivió y anduvo por esta senda, pero creemos que él de ninguna manera insistiría en que todos necesariamente debían o deben hacer lo propio.

Por ejemplo, tomemos el caso de Apolos, un digno siervo del Señor que tuvo la importante labor de regar en

la iglesia de Corinto. Aun cuando no se nos dan datos exhaustivos de su trayectoria, por lo que sabemos no tuvo que atravesar por el doloroso proceso que estamos comentando.

Creemos que la mejor forma de proseguir será la de presentar ejemplos concretos tomados, no sólo de las Escrituras, sino también de la experiencia práctica y aun contemporánea. Esto nos ayudará a reflexionar sobre el tema y comprenderlo mejor.

•2•

José, el hijo amado.

La historia de José se presta admirablemente para ilustrar el principio ya enunciado de un Dios de amor, que causa dolorosas heridas a quienes ama entrañablemente, para luego sanarlos, enriquecerlos y bendecirlos en gran manera.

Tenía diecisiete años de edad, cuando se nos cuenta que su padre Jacob, que lo amaba de manera especial, le hizo una túnica de diversos colores. Esto hizo que sus hermanos no lo miraran con buenos ojos, lo cual, al irse agravando progresivamente, como veremos, condujo a que, eventualmente le causaran una gran angustia y una herida muy dolorosa. En el progreso hacia ese fin, también mediaba el hecho de que él contaba a su padre Jacob la mala fama de sus hermanos, en particular los hijos de Zilpa y Bilha, mujeres de Jacob, según se nos narra en Génesis 37: 2.

Pero un mayor agravante resultaron los sueños que él tuvo. En el primero veía que ataban manojos y el suyo se

mantenía derecho y erguido, mientras que los de sus hermanos se inclinaban ante el suyo. En un segundo sueño veía que el sol y la luna y once estrellas se inclinaban ante él. Quizá lo normal sería pensar que por modestia o discreción se guardase los dos sueños para sí, esperando que con el tiempo se cristalizaran.

Tenemos presente el caso de Saúl, antes que fuera proclamado rey. Sabiendo que había estado con el profeta y vidente Samuel, su tío le preguntó qué le había dicho. Le contestó en parte, diciéndole que las asnas de su padre que se habían extraviado habían sido halladas, pero con mucho tino se cuidó muy bien de no decirle nada en cuanto a la revelación de que él sería el futuro rey de Israel. (Ver 1º Samuel 10:15.16)

Cabe pensar que José, aun cuando menor de edad, hiciese lo mismo, como ya dijimos, por modestia o discreción. Pero aquí vemos que había un plan divino claramente determinado de antemano por ese Dios insondable, que predestina conforme a Sus propósitos y hace que todas las cosas se presten al designio de Su voluntad, como nos hace saber la pluma tan inspirada del apóstol Pablo en Efesios 1: 11.

En efecto: esa inmodestia e indiscreción del joven José iba a ser el detonante que provocase el mayor odio de sus hermanos. El mismo resultó en que cruelmente lo enterrasen en una cisterna, desatendiendo totalmente sus súplicas y ruegos, cargados de angustia. (Ver Génesis 37:19:24 y 42:21) De ahí en más la dolorosa herida de José se fue agravando.

Vendido como un esclavo por veinte piezas de plata,

fue llevado, como el jovencito adolescente que era, a una tierra completamente extraña. Toda esta aflicción duró unos trece largos años. ¡Cuál no sería su congoja y dolor durante todo ese tiempo! En Su gran misericordia, Dios le dio el consuelo de bendecir maravillosamente sus tareas al servir a Potifar, oficial de Faraón y capitán de la guardia.

Pero aun así le tocaba un dolor moral muy profundo: el ser acusado injustamente por esa mala mujer, la esposa de Potifar, de haberla querido violar, cuando la verdad era todo lo contrario. Y así fue a parar a la cárcel, como si hubiera sido un canalla adúltero y desvergonzado.

En el Salmo 105:16-18, hablando de la soberanía de Dios el salmista comenta significativamente: *“Trajo hambre sobre la tierra y quebrantó todo sustento de pan. Envioó un varón delante de ellos; a José que fue vendido por siervo. Afligieron sus pies con grillos, en cárcel fue puesta su persona. Hasta la hora que se cumplió su palabra, el dicho de Jehová le probó.”*

Toda esta aflicción duró unos trece largos años, día tras día ¡por nada menos que 4745 días! Pero al final su esperanza no fue cortada, citando la parte final de Proverbios 24: 14. La hora llegó, por fin, en que se invirtieran los papeles con un cambio dramático y conmovedor. El rey Faraón lo inviste de la máxima autoridad en el reino, y hace que toda rodilla se doble ante él, y de ahí en más todo cuanto de importancia se hace en Egipto es por disposición y mandato de él, el que había sido maltratado, odiado y tratado como un siervo, y además cruelmente difamado.

Acuden a nuestra mente dos citas que de manera inequívoca marcan un digno simbolismo y paralelismo con

Jesucristo, el Hijo Amado. *“Dios le ensalzó a lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.”* (Filipenses 2:9-11)

“Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límites sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre.” (Isaías 9:7)

Sus hermanos, al reconocerlo como el gobernador y señor de la tierra, arrepentidos le pidieron clemencia por haberle hecho tanto mal.

Pero él les contestó: *“Ahora pues no os entristezcáis ni os pese de haberme vendido acá, porque para preservación de vida me envió Dios delante de vosotros.”* *“Y Dios me envió delante de vosotros...Así pues no me enviasteis acá vosotros sino Dios...”* (Génesis 45: 5,7 y 8)

En el feliz desenlace final se ve la mano sabia y potente del Eterno Soberano, disponiéndolo todo conforme a Su propósito como el que hace todas las cosas según el designio de Su voluntad, según ya vimos en Efesios 1:11. ¡Qué dicha la nuestra, de ser hijos de semejante Soberano!

•3•

El apóstol Pablo. (I)

En una obra anterior - *“Volviendo a las Fuentes Primitivas”* - dedicamos dos extensos capítulos para considerar la carrera y las virtudes de este sobresaliente siervo del Señor. Lo vimos como el depositario de gracia superlativa, como así también en su gran versatilidad como apóstol, profeta, maestro, hombre singular en cuanto a la oración y mucho más. Ahora pasamos a presentar algunas reflexiones sobre él desde el punto de vista que estamos tratando - el de una persona muy agraciada y amada por el Señor, y sin embargo, sometida a gran padecimiento por designio divino.

“...instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles y de reyes y de los hijos de Israel. Porque yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre.”
(Los Hechos 9: 15-16) Aquí tenemos otra vez la gran paradoja: un vaso sumamente particular y especial, y por ende muy amado y bendito, pero con una programación de

antemano que le iba a llevar a padecer el resto de su vida de muchas maneras y en sumo grado.

Claro está que esto no fue el fin de la historia, sino la siembra - muy dolorosa por cierto - pero de la cual hubo y sigue habiendo una cosecha riquísima y maravillosa. Pero antes de considerar ese desenlace tan feliz y de tan variados matices, pasamos a referirnos a sus sufrimientos.

Para ello nos valdremos del relato de Lucas en el libro de Los Hechos, pero también y en mayor medida de los pasajes de 2ª. Corintios 11: 23-33 y 12: 1-10.

A muy poco tiempo de haberse convertido, empezó a predicar con denuedo en Damasco, y quienes le escuchaban estaban asombrados al ver que el que perseguía y asolaba a los cristianos, ahora predicaba a los judíos que Jesús era de verdad el Cristo.

Lo hacía con tal certeza y valor que pronto comenzó a suceder algo que se iba a repetir y reiterar a todo lo largo de su futuro: los judíos inconversos lo iban a perseguir y procurar matar.

Recordamos que a poco de convertirnos en la lejana Argentina, al testificar de Cristo a un compañero del colegio secundario en que cursaba mi tercer año lectivo, éste le comunicó a otro compañero de sangre judía llamado Goldenberg lo que yo le había dicho. La respuesta fue tajante: *"No hagas semejante cosa que te irás al infierno."* Para el judío no convertido Jesús es un impostor y un falso, y como tal lo odian a muerte.

Por el contrario, si la luz de la verdad amanece en sus corazones, ellos saben bien que no sólo es el Mesías prometido, sino Emanuel, es decir el mismísimo Dios con

nosotros. (Mateo 1: 23) Ese odio de los judíos llegó a ser tal que años más tarde, en Jerusalén, unos cuarenta de ellos se pusieron bajo juramento de no comer ni beber hasta que le hubieran dado muerte. (Los Hechos 23: 12-13)

También debemos verlo desde la perspectiva del dolor moral que debe haber experimentado, al ver la tremenda dureza de corazón con que respondieron a la defensa que él hizo ante el pueblo, y que se nos relata en Los Hechos 22: 1-21.

En efecto: les narró su conversión y cómo el Jesús que él había odiado a muerte se le había aparecido con tanta gracia y misericordia, con el ánimo de que ellos también pudiesen recibir la misma gracia y misericordia. Lejos de ello, endurecidos sobremanera, al mencionar Pablo cómo el Señor le hizo saber que lo enviaría a los gentiles, prorrumpieron en alta voz con estas increíbles palabras de rechazo y odio infernal: *“Quita de la tierra a tal hombre, porque no conviene que viva.”*

Por supuesto, el padecimiento físico que experimentó fue también en extremo doloroso. En el primer viaje misionero, emprendido con Bernabé, ambos fueron expulsados y perseguidos por los judíos en Antioquía e Iconio. No conformes con ello, después que el Señor hiciese un gran milagro a la vista de todos en Listra, llegaron a esa localidad y lo apedrearon con tal saña que parecía que había muerto. No obstante, rodeado por los discípulos en una rueda de amor y súplica, el Señor lo levantó maravillosamente, y al día siguiente, casi agregaríamos como si no hubiera pasado nada, salió con Bernabé rumbo a Derbe para continuar su valerosa y sacrificada labor.

En el segundo viaje misionero, acompañado ahora por

Silas, también padeció muchísimo. Azotado él y Silas con varas, fueron metidos en el calabozo de más adentro y sus pies fueron asegurados en el cepo. Con heridas sangrantes, estos dos verdaderos valientes, haciendo gala de un valor y una nobleza, solamente posibilitada - no nos cabe ninguna duda - por la suprema gracia divina ¡lejos de quejarse o amilanarse, oraban y cantaban himnos de alabanza a Dios!

El feliz desenlace final de este conmovedor episodio, con la conversión del carcelero y toda su casa, es bien conocido, por lo que nos abstenemos de comentarlo.

Como nos hemos propuesto que los distintos capítulos sean más bien breves, continuamos en el siguiente.

•4•

El apóstol Pablo. (II)

Da anticipamos que comentaríamos los pasajes de 2^a Corintios 11:23-33 y 12:1-10. En los mismos encontramos muchas cosas que no aparecen en el relato de Lucas en el libro de Los Hechos. El listado de padecimientos que nos da el primero de esos dos pasajes es impresionante y a la vez conmovedor.

“En trabajos más abundante; en azotes sin número; en cárceles más; en peligro de muerte muchas veces. De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno.”

Aquí nos detenemos en un breve paréntesis para explicar lo de “cuarenta menos uno” para alguno que pudiera desconocerlo. En Deuteronomio 25: 3 la ley mosaica especifica lo siguiente: “Se podrá dar cuarenta azotes, no más; no sea que, si lo hirieren con muchos azotes más que estos, se sienta tu hermano envilecido delante de tus ojos.” En consecuencia, al azotar a alguien los judíos siempre se detenían en el trigésimo noveno, para evitar toda

posibilidad de que por un error en la cuenta se sobrepasaran los cuarenta, violándose así la ley.

La lista continúa: *“Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado como náufrago en alta mar; en caminos muchas veces; en peligros de ríos, de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos, en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez.”* (11:25-27)

Por cierto que la lectura de todo esto nos conmueve profundamente y nos hace sentir diminutamente pequeños e indignos, ante un coloso de semejante envergadura.

También cabe la reflexión de que tanto dolor y sufrimiento, sólo los puede haber sobrellevado airosamente merced a una inmensa gracia sobrenatural; de otra manera habría enfermado y fallecido muy pronto, pues consideramos que sin esa gracia especial ni él ni ningún otro ser humano podría sobrevivir.

Tomando por ejemplo lo de una noche y un día como náufrago en alta mar - no sabemos en qué tipo de embarcación sería - o si, peor todavía, estaría aferrado a un tablón ¡con peligro de ser devorado por tiburones, o de pescarse una pulmonía mayúscula y sin ninguna posibilidad de asistencia médica!

Como si lo anterior no fuera suficiente, agrega la carga emocional que le embargaba por la preocupación por todas las iglesias.

“...y además de otras cosas, lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias. ¿Quién enferma, y yo no

enfermo? ¿A quién se le hace tropezar, y yo no me indigno?" (11: 28-29) Había engendrado muchos hijos espirituales y fundado un buen número de iglesias, y como padre espiritual llevaba en sus entrañas la carga de todos ellos y todas ellas.

Muchos de ellos, como los tesalonicenses, los efesios y los filipenses seguían bien y le traían satisfacciones. Por el contrario, los graves problemas tratados en las epístolas a los corintios y a los gálatas, nos dan una buena idea de sus muchas lágrimas y quebrantos, que sin duda le acarrearían frecuentes desvelos.

Y además de todo esto, sentía la misma inquietud y solicitud por iglesias y santos que nunca había visto, como los colosenses y los romanos, a los cuales escribió epístolas que evidenciaban su amor y preocupación por ellos. En un nivel individual, también leemos en sus epístolas de su preocupación e intercesión por Timoteo, Tito y otros, anhelando que fueran plenamente formados como siervos auténticos del Señor. Además de ellos hay que nombrar a Aquila y Priscila, Estéfanos, Fortunato y Acaico, Sópater, Aristarco, Segundo, Gayo de Derbe, Tíquico y Trófimo, y seguramente muchos más.

En el aprovechamiento del tiempo en un grado máximo, al ser acompañado por ellos en sus distintos viajes, les impartía exhortación y enseñanza que lo convertirían en el decano de lo que en una obra anterior hemos denominado la escuela móvil de formación ministerial.

Agregamos todavía mas: *"Por tanto velad, acordándoos que por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestar*

con lágrimas a cada uno. Y ahora, hermanos, os encomiendo a Dios y a la palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados. Ni plata ni oro ni vestido de nadie he codiciado. Antes vosotros sabéis que para lo que me ha sido necesario a mí y a los que están conmigo, estas manos me han servido. En todo os he enseñado que, trabajando así se debe ayudar a los necesitados, y recordar las palabras del Señor Jesús que dijo: Más bienaventurado es dar que recibir.” (Los Hechos 20: 31-35)

Todo esto nos hace sentir muy por debajo de tamaña nobleza, sacrificio y amor puro y desinteresado. El Señor tenga misericordia de nosotros y nos ayude a mejorar nuestro nivel de vida, para asemejarnos más en nuestro espíritu y conducta a semejante varón de Dios y al bendito Crucificado.

Todavía nos falta hablar del aguijón de la carne del cual él escribe en 2ª. Corintios 12: 1-10. No creemos provechoso hacer conjeturas sobre qué era exactamente ese aguijón. Baste decir que se trataba de un mensajero de Satanás que lo abofetease, como así lo definió él. ¿Qué tal nos resultaría a nosotros tener que recibir bofetada tras bofetada de un enviado del mismo Satanás?

No obstante, ese aguijón se prestaba admirablemente para un importantísimo triple propósito divino. Él oró al Señor que lo quitase en tres ocasiones, pero la respuesta del Señor nos da la clave de ese propósito.

En primer lugar, dada la grandeza de las revelaciones recibidas - entre ellas la de cuando fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar - había el peligro de que se envaneciese,

lo que habría acarreado muy malas consecuencias. Este aguji3n actuaba como una vacuna contra ese peligro, sumamente dolorosa, pero muy eficaz.

En segundo lugar, haba la promesa de una gracia especial que le serfa suficiente para sobrellevarlo airosamente.

Y en tercer y ulti3mo t3rmino, estaba el beneficio inestimable de que la gran debilidad que experimentaba, darfa cabida a una mayor medida del poder de Cristo, que de esa forma se perfeccionarfa en 3l. En los versfculos 9b y 10 tenemos su sorprendente y casi increfble afirmaci3n: *“Por tanto, de buena gana me gloriar3 m3s bien en mis debilidades, para que repose en m3 el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy d3bil, entonces soy fuerte.”*

Una cosa es leer sobre esto y prestarle un asentimiento mental, pero otra muy distinta es gozarse de veras cuando le toca a uno pasar por cosas como las que 3l menciona en ese pasaje. Uno se maravilla c3mo el Se3or logr3 comprimir tanto denuedo, valor y abnegaci3n en un ser humano tan peque3o – un vaso para honra tan singular que lo convirti3 en un verdadero gigante de la fe. Pasamos ahora al capfculo siguiente, para considerar hasta donde nos sea posible, los incalculables r3ditos logrados a trav3s de semejante inversi3n de sufrimiento y sacrificio.

•5•

El apóstol Pablo. (III)

Quizamos por decir que, sólo en el más allá, se podrán valorar debida y cumplidamente todas las repercusiones y el riquísimo fruto de una siembra tan abundante y generosa, pero también tan dolorosa. Su vida fue levantada, indudablemente, como un ejemplo, no solamente para sus contemporáneos, sino también para todos los que habríamos de abrazar la fe cristiana y seguir y servir al Señor. *“Pero por esto fui recibido a misericordia, para que Jesucristo mostrase en mí el primero toda su clemencia, para ejemplo de todos los que habrían de creer en él para vida eterna.”* (1ª Timoteo 1: 16)

El Señor Jesús fue y es, desde luego, el modelo absolutamente perfecto. Sin embargo, Dios necesita valerse de hombres y mujeres, aun cuando sean imperfectos, para que sirvan de modelo y ejemplo para los demás.

¡Cuánta inspiración y cuánto desafío a superarnos y alcanzar nuevas o mayores alturas, hemos recibido de esta forma centenares, miles y millones de santos a través de los siglos!

Aun al escribir estas páginas sobre el apóstol Pablo, uno se ha sentido y se siente profundamente impactado y conmovido por tanta nobleza, por amor tan apasionado y

sacrificado, y a la vez, totalmente desinteresado, y por tantas otras virtudes desplegadas a menudo en medio del dolor y el sufrimiento.

Hace no mucho hemos leído biografías de varios grandes siervos y siervas de los últimos siglos. Todos ellos en un tiempo fueron usados grandemente en sanidades y milagros portentosos, pero nos quedamos con tristeza al leer del mal fin que tuvieron algunos, y las etapas muy oscuras en cuanto al testimonio de otros y otras.

En la trayectoria de Pablo nada de eso encontramos. Hilando muy fino se puede detectar su error por exceso de celo, al insistir en subir a Jerusalén, aun cuando por el Espíritu se le había advertido que no lo hiciese, esto último, según se nos dice en Los Hechos 21: 4. Pero esto nos parece una insignificancia, en comparación con manchas muy feas y tristes consignadas fehacientemente en las biografías a que nos referimos. Decimos esto con objetividad, pero también con un sano temor y temblor, implorando al Señor que no permita que en ningún momento seamos de tropiezo para otros con fallos garrafales, o con una conducta incoherente.

Quizá el mayor legado que nos ha quedado de Pablo sea el relato de su vida y trayectoria ejemplar, junto con el acopio riquísimo de verdades, luz y enseñanza en todos los órdenes que se nos brinda en sus epístolas. De esto vale la pena que nos ocupemos, por lo menos con algún detalle, y así pasamos a hacerlo.

Empezamos por notar que la palabra gracia aparece en el Nuevo Testamento unas ciento cuarenta y tres veces, de las cuales noventa y dos por la pluma de Pablo, si es que él

no escribió Hebreos. De ser suya la autoría de ese libro, serían exactamente cien, mientras que la totalidad de los demás escritores del Nuevo Testamento alcanzaría a cuarenta y tres.

También es digno de señalarse que en todas sus epístolas, con excepción de Hebreos, si es que él la escribió, su salutación inicial siempre lleva la palabra gracia, al igual que la conclusión al cierre de la epístola.

Además, entrelazada en medio de la enseñanza, exhortación, amonestación o ruego, vuelve a aparecer vez tras vez la misma bendita palabra, denotando que todo comienza, continúa y concluye de pura gracia. Este vocablo, digámoslo de paso, tiene en el Nuevo Testamento dos acepciones principales, a saber, la de un favor gratuito e inmerecido (ver Efesios 2: 8-9) y la de una capacitación divina para poder realizar algo que, librados a nuestros propios medios y recursos, nunca podríamos lograr. (Ver 1ª Corintios 15: 10)

Cada una de sus epístolas lleva un claro sello de singularidad, mientras que la totalidad de las mismas abarca un panorama casi diríamos completo de todo el orden neotestamentario, tanto para la iglesia en su acepción doble de local y universal, como en toda la gama del ministerio en general.

Comenzando por Romanos, vemos que después de manifestar su deseo de visitarlos en Roma y de sentirse en la obligación moral de predicar el evangelio - tanto a griegos como a no griegos, y a sabios como a no sabios - expresa su absoluta confianza en el mismo como el poder de Dios para salvación por medio de la fe.

De ahí en más, y vista su imposibilidad de viajar a Roma en el futuro previsible, pasa a despacharse con una exposición de ese evangelio, que por ser tan vasta y rica resulta una mina casi inagotable de verdades y principios de la mayor importancia.

Llama la atención su visión amplia y vasta del evangelio. En muchos círculos prevalece el concepto de que predicarlo significa proclamar su mensaje de arrepentimiento para el perdón de pecados y la salvación. Tengamos en cuenta que está escribiendo a creyentes bautizados y enseñados en doctrina. Por el versículo 15 del primer capítulo - *"...pronto estoy a anunciaros el evangelio también a vosotros..."* y por la forma en que se desenvuelve la epístola, vemos que para él era mucho más que eso - en un todo en consonancia con sus palabras *"el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo"* que aparecen en Efesios 3: 8b.

De esto último nos hemos de ocupar más adelante en detalle en varios capítulos posteriores. Para el caso particular de Romanos en que estamos, nos ceñiremos a señalar someramente las facetas principales, con algún breve comentario aquí y allá. En el primer capítulo arranca desde el principio de la culpabilidad de los seres humanos, que teniendo evidencias clarísimas del poder de un Dios Creador de todo el universo, optaron por sus razonamientos necios a prescindir totalmente de Él, y adorar a la criatura y no al Creador, con las nefastas consecuencias que esto les acarrió.

De ahí en más, demostrando que todos han pecado y están destituidos de la gloria de Dios, pasa a la conclusión inevitable de que la única forma de poder ser justificados

es por la redención gratuita que se ofrece en Cristo Jesús. Todas las consecuencias benéficas de esta redención se van puntualizando gradual y ordenadamente hasta llegar hasta el estupendo final del capítulo 8.

En los dos siguientes - el 9 y el 10 - manifiesta su gran pesar por el celo no conforme a ciencia de Israel, que no se sujeta a la justicia por la fe establecida por Dios en Cristo Jesús, e insiste en “ganarse el cielo” mediante su vano intento de cumplir todas las obras de la ley. Después de señalar cómo, por ese tropiezo de Israel vino la salvación a los gentiles, y hablar del tiempo en que se alcance la plenitud de los mismos - la cual será seguida del retorno masivo de Israel - pasa a un clímax de inefable profundidad y grandeza en los versículos 32 al 36 del undécimo capítulo. *“Porque Dios sujetó a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos. ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio a él primero para que le fuese recompensado? Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén,”*

Leyéndolo detenidamente espero que el lector pueda sondear algo del abismo insondable, el océano infinito y sin límite del Ser Divino. Él es la fuente eterna de todo bien, a Quien nadie le ha podido entender cabalmente, y mucho menos darle algún consejo. Nunca ha tenido que aprender nada de nadie, pues lo sabe todo desde la eternidad; no le debe ningún favor a ninguno, pues todas las cosas son de él, por él y para él - ¿y cómo no se ha de darle a Él el tributo de toda la gloria por los siglos de los siglos?

En síntesis, se trata de un pasaje que nos estimula de

verdad y nos hace sentir inmensamente agraciados, por ser hijos y siervos de semejante Dios.

Equilibrando sabiamente esas profundidades y alturas, Pablo pasa a partir del capítulo 12 a la enseñanza práctica en cuanto a la vida cotidiana en el aspecto fraternal, como así también en el cívico como ciudadanos que debemos tener una conducta correcta e irreprochable para con las autoridades superiores.

Como nota final de interés, hace constar en dos ocasiones el nombre de la patria española (15:24 y 28) lo que constituye un honor para España. En el capítulo final se extiende en saludos de forma personal para un buen número de fieles. Todo esto lo muestra como un hombre múltiple: tremendamente inspirado en la grandeza excelsa del consejo divino, pero “con los pies bien puestos sobre la tierra” y que se acordaba con cariño y de manera individual de los muchos santos y fieles que conocía.

En la 1ª. epístola a los corintios lo tenemos escribiendo con mucho pesar a una iglesia saturada de problemas – el de divisiones internas, el de un serio pecado de inmoralidad, de pleitear hermano contra hermano ante los incrédulos, del mal uso del don de lenguas, de sostener algunos que no hay resurrección de los muertos, y de otros desórdenes que había entre ellos. Sus correcciones y exhortaciones en cuanto a todo ello aportan un caudal inestimable, y constituyen una orientación clara y precisa de cómo debe actuar la iglesia local cuando se presentan problemas de esa misma índole o afines.

Evidentemente, en una situación semejante, espíritus malvados estarían aprovechando para operar y causar

estragos, pero se debe tomar debida nota de que de ninguna forma les exhortó a que los reprendieran o expulsasen. En cambio, la terapia que recomendó fue la de limpiar la casa y ponerla en orden, por así decirlo, para así quitarle todo terreno a esos malos espíritus.

Por último, señalamos que antes de pasar a escribir sobre todos esos fallos, aun conociendo la gravedad de muchos, expresa su absoluta confianza en el hecho de que, al final de cuentas, no será el enemigo, sino el Señor, Quien se salga con la Suya. *“...el cual os confirmará hasta el fin, para que seáis irreprochables en el día de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor.”* (1ª Corintios 1: 8-9)

La segunda epístola a los corintios es muy distinta de la primera. En ella, entre otras cosas de interés y sumo valor, vemos como Pablo defiende su apostolado ante la influencia perjudicial y perturbadora de falsos apóstoles. Lo hace con un cierto grado de amor propio, plenamente justificado diríamos.

También da muchos detalles de sus sufrimientos, a los cuales nos hemos referido con amplitud en los capítulos 3 y 4. Los capítulos 8 y 9 sobre la ofrenda para los santos dan una clara y útil orientación sobre el tema.

Pero para nosotros, la nota más destacada se encuentra en el capítulo 3, en el cual traza con claridad y acierto las diferencias y contrastes entre el antiguo y el nuevo pacto. Este pasaje, junto con buena parte del libro de Hebreos, son los que más aportan sobre la superioridad del Nuevo Pacto o Testamento sobre el Antiguo.

Éste es un aspecto de capital importancia, que debe ser

bien comprendido y asimilado por todo creyente que desea progresar con bases firmes en su vida espiritual.

Las siguientes epístolas son todas más breves, con la sola excepción de Hebreos, haya sido escrita por Pablo o no. No obstante, contienen muchísimo material de la mayor importancia.

La tónica general de Gálatas, o más bien su tema principal, consiste en la refutación de la nefasta postura de los judaizantes. Con pesar tenemos que decir que algunos, que en tiempos idos corrían bien, y estaban bien compenetrados en el evangelio puro de la gracia, actualmente se han extraviado, cayendo en el error de lo que llamaríamos judaizantes en una versión de los siglos veinte y veintiuno.

Bien les haría reflexionar con una sana apertura, y de forma bien detenida sobre el contenido clarísimo de esta epístola, lo que les podría servir para retomar el camino de la verdad en Cristo Jesús.

Efesios tiene como nota principal las dos grandes oraciones de Pablo en los capítulos 1 y 3. Las consideramos, después del Padre nuestro y la gran oración sumo sacerdotal del Señor Jesús de Juan 17, como las más sublimes de todo el Nuevo Testamento.

En una obra anterior ya las hemos comentado detalladamente, por lo que nos abstenemos de agregar sobre ellas.

Pero también hay aspectos prácticos de la vida matrimonial, familiar y el andar ordenadamente, redimiendo el tiempo, que bien merecen que se les dé buena consideración.

Filipenses, también escrita desde la cárcel en Roma, tiene mucha sustancia y peso. La nota más destacada es la exaltación del nombre de Jesús sobre todo nombre contenida en el capítulo 2.

Nos agrada pensar que grandes personajes de la historia, algunos de ellos que no quisieron tener nada que ver con Él, y otros que le fueron muy hostiles, tendrán que unirse a nosotros, los que por Su gracia le hemos sido fieles, doblando sus rodillas al dignísimo y maravilloso Cordero inmolado.

En un capítulo posterior, cuando comentemos sobre las inescrutables riquezas del evangelio de Cristo basándonos en el primer capítulo de este libro, habrá abundante material sobre el mismo.

Colosenses se escribió al mismo tiempo que Efesios y tiene muchas cosas en común, pero también debe notarse el fuerte hincapié que Pablo hace en la grandeza y plenitud de Cristo.

Citamos *“Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad”* (2: 9) como una muestra de ello, a lo cual debe agregarse entre otros el pasaje del primer capítulo que va del versículo 15 al 20. Aunque no lo transcribimos para no extendernos en demasía, recomendamos al lector su lectura cuidadosa.

La 1ª. carta a los Tesalonicenses tiene la particularidad de que cada capítulo concluye hacia el final con una alusión a la segunda venida, casi como una pieza musical con un tema central que se repite armoniosa y oportunamente. Se la considera la primera epístola escrita por Pablo.

En la 2ª recuerda a los fieles en Tesalónica lo que antes les había dicho en cuanto a la manifestación del hombre de pecado. También contiene exhortaciones muy prácticas, entre las cuales figura *“Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma”* - en otras palabras, ¡que se entregue a un ayuno forzado!

Esto nos lleva a las epístolas a Timoteo, Tito y Filemón, todos ellos hijos espirituales suyos. En ellas, además del rico caudal de consejos, enseñanza y advertencia que contienen, se pone de relieve su amor y preocupación por cada uno de ellos, acompañado de sus continuas oraciones a favor de todos ellos.

En conclusión y en suma, dos cosas - la primera, el legado que sus epístolas nos han dejado a todos los santos de todos los tiempos es absolutamente inestimable.

La segunda es que su vida toda, tan ejemplar y de tan formidable versatilidad como evangelista, apóstol, maestro, pionero, hombre de oración como el que más, y muchísimo más, lo colocan en el nivel de un verdadero grande entre los grandes.

•6•

Jesucristo, el hijo amado.

Continuando con el aspecto particular y extraño ya puntualizado de someter Dios a padecimiento a quienes ama entrañablemente, llegamos ahora al caso cumbre de Jesucristo el Hijo Amado, según lo señala el título.

“Varón de dolores, experimentado en quebranto...”

“...le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido...”

“...aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca. Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándolo a padecimiento.” (Isaías 53: 3, 4, 9 y 10)

Aunque parezca extraño, a esto le dedicaremos solamente el presente capítulo. Quizá una de las razones se asemeja en algo a lo que sucedió con el sol el día de la crucifixión.

“Y desde la hora sexta hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena.” (Mateo 27: 45)

Era como si el sol, centro del sistema planetario en que estamos y que nos ilumina con rayos radiantes, se negase a

contemplar aquello que estaba aconteciendo: El Hijo Eterno, creador juntamente con el Padre y el Espíritu Santo de todo el universo, rechazado, herido, azotado y crucificado con odio y saña infernal.

Amándolo como no podemos menos que hacerlo, nos resulta difícil y doloroso en extremo considerar detalladamente su intensísimo padecimiento, tanto espiritual y anímico, como moral y físico.

Preferimos dejarlo atrás - aunque por cierto no podemos ni debemos borrarlo de nuestra memoria - y en vez centrarnos en las glorias que han venido y vendrán tras sus sufrimientos. (Ver 1ª.Pedro 1: 10-11)

Aunque no directamente relacionadas con lo antedicho, citamos las conocidas estrofas de Juan de la Cruz.

No me mueve mi Dios para quererte,
El cielo que me tienes prometido,
Ni me mueve el infierno tan temido
Para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor; muéveme el verte,
clavado en esa cruz, y escarnecido.
Muéveme el ver tu cuerpo tan herido;
Muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme al ver tu amor en tal manera,
que aunque no hubiera cielo, yo te amara;
y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar, porque te quiera;
Que aunque cuanto espero no esperara,
Lo mismo que te quiero te quisiera.

No se trata, por cierto, de un sentimentalismo superficial, sino más bien de lo que expresa Pablo con tanto peso en 2^a. Corintios 5: 14-15:-

“Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquél que murió y resucitó por ellos.”

Ese amor, del cual el mismo Pablo dice que *“excede a todo conocimiento”* (Efesios 3: 19) es sin duda la fuerza más poderosa para llegar a las cuerdas más íntimas y profundas de nuestro ser, y hacer brotar de ellas el amor más grande y noble de que somos capaces.

Y claro está, que será un amor que se refleja cabalmente en un ofrendarle de manera práctica y real, nuestro servicio más diligente y amoroso.

Esto será, indudablemente, una de *“las glorias que vendrán”* a que alude Pedro en el versículo ya citado anteriormente. Hombres y mujeres de todas lenguas, razas y naciones, y también de todo rango social, que vivíamos egoístamente para nuestros propios intereses y placeres, convertidos en nuevas criaturas.

Atraídos por ese incomparable e irresistible imán de Su gran amor, pasamos a amarle, seguirle y servirle todo el resto de nuestras vidas, y eso con el mayor ahínco y tesón, con la devoción más santa y cumplida.

¡Que el Espíritu Santo nos estimule y fortalezca a cada uno para que esto se plasme en una auténtica verdad!

Muy triste sería que no supiésemos, o ni siquiera quisiésemos corresponder debidamente a semejante amor.

Agregamos con temor y temblor que la perspectiva de

comparecer ante el tribunal de Cristo de que se habla en Romanos 14: 10 y 2ª. Corintios 5: 10 después de vivir de esa forma, sería para hacerlo estremecer a uno de horror.

Que a ninguno de nosotros nos acontezca semejante desdicha y vergüenza.

Si bien esa fuerza poderosa del amor de Cristo nos constriñe a vivir cabalmente para Él, encontramos en la palabra de Dios otra forma bastante distinta.

La misma brota del conocimiento de que hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo, como ya hemos dicho, y en relación con ello lo que expresó el mismo Señor Jesús en Lucas 12: 47-48. *“Aquel siervo que conociendo la voluntad de su señor, no se preparó, ni hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes. Mas el que sin conocerla hizo cosas dignas de azotes, será azotado poco; porque a todo aquél a quien se le haya dado mucho, mucho se le demandará, y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá.”*

Lo que sigue a continuación es en verdad muy crudo y tajante. No obstante, lo hacemos deseando hacer justicia a la palabra de Dios, en la cual, tanto lo anterior – el amor de Cristo nos constriñe – como lo que ahora pasamos a comentar, figuran con toda claridad.

¿Cuál será el veredicto del tribunal de Cristo para quienes, tras haber hecho profesión de fe, ser bautizados, etc., pasaron a vivir una vida fácil y regalada, con muy poco interés y devoción al reino de Dios, y ocupados mayormente en su propio bienestar y prosperidad?

Creemos que a todas luces debe ser un dictamen desaprobatorio. De ahí en más podemos visualizar un ángel con cara de pocos amigos, que toma a un reprobado

por la mano y comienza a llevarlo a un lugar inesperado.

Sintiéndose muy confundido, el reprobado exclama: *“Aquí hay un error – yo he venido a disfrutar de la morada que Jesús ha estado preparando para mí.”*

Pero el ángel a nada de eso responde, y en vez, casi a la rastra, lo lleva a un lugar muy grande, donde se ven con letras mayúsculas las palabras RECINTOS DE LOS AZOTES.

En la planta baja hay un buen número que están padeciendo, pero de una manera más bien tolerable. Sin embargo, al subir a la primera, hay allí muchos que están recibiendo fuertes y repetidos azotes. El susodicho intenta en vano resistir al ángel con súplicas y razonamientos.

Se le dice: *“Bien sabías que debías amar y servir de veras a Quien Su vida dio por ti y no lo has hecho. Entra ahora y toma tu lugar entre los infieles – recibe los muchos azotes que te mereces.”*

Muy crudo, desagradable y por cierto que horroroso también ¿verdad? Pero ¿no es esto lo que nos advirtió claramente el Señor en pasajes tales como Lucas 13: 25-30 y Mateo 7: 21, en que puntualiza que el hacer la voluntad de Dios y vivir con limpieza y transparencia son imprescindibles?

De otra manera ¿cómo hemos de esperar un dictamen favorable al comparecer ante el tribunal de Cristo?

Quien esto escribe, plenamente consciente de que se trata de algo muy crudo y solemne a la vez, lo hace con un sano temor y temblor, procurando que su propia vida esté a tono en todo con la voluntad de Dios, y en la santidad, sin la cual nadie verá al Señor. (Hebreos 12: 14b)

Desea al mismo tiempo que todo esto haga sonar una voz de alarma para quienes, viviendo en tibieza o frialdad, corren peligro de encontrarse en el más allá con un triste e irreparable desengaño.

Por lo tanto, a esta altura invitamos al lector a detenerse a reflexionar por unos buenos minutos antes de continuar.

Confiamos en que, al reanudar la lectura, el lector sienta, como lo siente quien escribe esto, un renovado deseo de seguir honrando y sirviendo al Padre de gloria y al dignísimo Cordero con el mayor amor y la más fiel devoción.

En Juan 12: 32, al dar a entender que iba a morir la muerte de cruz, afirmó:- *“Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo.”*

Es sin duda esa cruz, en que quedó enarbolado en alto Su amor sin igual, lo que nos atrae más que ninguna otra cosa, como un imán poderoso e irresistible.

Es verdad que no a todos los atrae de la misma manera, pero por cierto que Su cruz y Su persona han atraído e influenciado a la humanidad mucho más de lo que a menudo se supone.

Como bien sabemos, muchos de los historiadores han sido o bien escépticos, agnósticos o ateos. Sin embargo, todos ellos se han puesto de acuerdo en dividir la historia en dos partes principales: antes de Cristo y después de Su venida a este mundo, lo cual habla de por sí y de la manera más elocuente y significativa.

Por nuestra parte, los Suyos de verdad acotamos con el mayor beneplácito que la pequeña historia de cada uno de

nosotros se divide en dos partes: la anterior y la posterior a Su venida a nuestra vida.

Y contrariamente a lo que afirma el adagio - *“nunca segundas partes fueron buenas”* - proclamamos con sincero regocijo que, para nosotros, la segunda parte ha sido y sigue siendo inmensamente mejor.

Bendito Cristo, de Quien se ha dicho con toda razón que si bien, que sepamos no escribió ningún libro, se han escrito de Él tantos libros en el mundo entero en muchísimos idiomas distintos, que resultaría prácticamente imposible contabilizar cabalmente la suma total.

Le agradecemos tanto al Señor que nos haya otorgado el honor de agregar nuestra modestísima parte, bien que sea infinitesimal. Lo contamos como una preciosa gracia - lengua para hablar y pluma para escribir - rebosando de palabra buena tocante al Rey de Gloria. (Salmo 45: 1)

Aquí agregamos dos cosas para poner punto final al capítulo. La primera se refiere a la preciosa reciprocidad y reconocimiento mutuo entre el Padre de Gloria y el Hijo Amado.

En efecto: en el Salmo 2: 7 el Padre dice:- *“Mi Hijo eres tú”* a lo que el Hijo responde *“Mi Padre eres tú”* en el Salmo 89: 26.

Además, en el Padre nuestro que Jesús nos enseñó, Él nos hace ver como Su primera preocupación que el nombre del Padre sea santificado y altamente honrado.

Posteriormente, en Filipenses 2: 9-11 nos encontramos con que el Padre corresponde ricamente, dándole un nombre sobre todo nombre, para que toda rodilla se doble ante Él y toda lengua confiese que Él es el Señor.

Debemos recalcar que este enaltecimiento no fue solamente una muestra de especial amor por parte del Padre, sino algo por lo cual Jesucristo pagó el altísimo precio de Su sacrificio supremo en el Calvario.

La segunda y última cosa se relaciona con otras de las glorias que han de seguir a sus sufrimientos, en consonancia con 1ª. Pedro 1: 11 que ya hemos citado.

De no habernos alcanzado la gracia redentora nos habríamos perdido para siempre. En cambio, si somos verdaderamente Suyos, nos aguarda una eternidad de dicha inefable en Su presencia.

De la misma se nos dice:- *“En tu presencia hay plenitud de gozo, delicias a tu diestra para siempre”* (Salmo 16:11)

Un gozo pleno y absoluto, sin nada que lo desvirtúe y ni siquiera interrumpa, ya que todo el pesar, la tristeza y el dolor quedarán atrás y sepultados en un olvido total,

En cambio, pasaremos a disfrutar de los deleites más santos, puros y nobles, y esto no será algo temporal ni esporádico, sino de manera continua y por siempre jamás.

Que esta expectativa y esperanza bienaventurada nos sirva de fuerte incentivo para seguir dedicándole al dignísimo Cordero, al cual le debemos todo, lo mejor de nuestro amor en los años que nos quedan de vida.

• 7 •

Mi testimonio personal.

Nos apresuramos a anticipar que este capítulo supondrá descender desde la altura cumbre del Señor Jesús, y de la de un coloso como el apóstol Pablo, a una dimensión milimétrica.

No obstante, nos sentimos movidos a incluirlo por tener conciencia de que para que tenga peso y sustancia lo que uno expone sobre un tema determinado, resulta necesario haberlo vivido y experimentado, por lo menos en alguna medida.

El tema en cuestión, como sabemos, es que Dios a menudo sujeta a padecimiento a quienes ama entrañablemente.

Me sé, y me he sabido, muy amado por el Señor. No obstante, aquí se hace necesaria una importante aclaración.

En efecto: hemos oído de algún caso de quien se ha creído amado por el Señor de una manera especial y por encima de los demás.

Esto daría a entender que Dios ama a algunos de Sus hijos más y a otros menos, lo cual resulta totalmente inaceptable.

Nunca he pensado que me ama a mí más que a otros de los Suyos. Al hablar del amor Suyo hacia mi persona, lo hago en términos de la expresión personal en que ha fluido y sigue fluyendo ese amor, recordando que en Su trato con cada uno Dios nunca usa el molde ni la copia por papel carbónico, sino que lo hace con la creatividad, originalidad y variedad que le son características.

Hechas estas aclaraciones, paso ahora a decir que me consta que el Señor ya me conocía y amaba cuando era un pequeño embrión en la matriz de mi querida madre.

Como he narrado en alguna oportunidad, cuando yo tenía unos veinticuatro años ella me contó que, durante los nueve meses del embarazo, se sentía movida a leer la Biblia a diario. Esto siendo ella católica, aunque no se relacionaba con la Virgen María, sino con Dios Padre e Hijo.

Posteriormente se convirtió claramente al evangelio de la gracia, y pasó a ser una mujer de mucha oración, pero en el tiempo a que se refería, a los católicos romanos se les prohibía o desaconsejaba la lectura de la Biblia.

Esto me hizo comprender que para el pequeño destino que me aguardaba, el Señor ya me había ubicado antes de nacer bajo la sombra de las Sagradas Escrituras.

Mi conversión a la edad de quince años fue algo inesperado. Tenía un hermano sordo dos años mayor que yo, que falleció prematuramente en un accidente a los 23 años de edad.

La natural compasión que tantos sentían hacia él por su sordera, contrastaba en algo con el concepto que tenían de mi joven persona, puesto que yo era en algo dado a travesuras y no siempre era muy obediente. Además, era muy aficionado al football y un apasionado simpatizante de mi equipo favorito en ese entonces, el Boca Juniors en la lejana Argentina.

Mi conversión fue el Domingo 27 de Diciembre de 1942. Hacia el final de la predicación por parte de un camarero convertido, que llegó a ser un fiel siervo del Señor, en un local pequeñísimo en la aldea de Benavídez, a unos 40 kilómetros al Norte de Buenos Aires, el Espíritu Santo atravesó mi pecho con dos o tres ráfagas de lo que yo llamaría una combinación de fuego y electricidad de alta tensión.

Eso me comunicó una fuerte sensación de la omnipotencia y santidad de Dios, y mi vida se transformó de tal manera que, al contársele a alguien el gran cambio que se veía en mí, le costaba creerlo.

Más tarde comprendí que, principalmente eso fue un sellarme por parte de Dios. Años después, al ser fuertemente atacado por un poder demoníaco, a lo cual me refiero más adelante, en una ocasión pude captar el deseo intenso de ese poder malvado de quitarme o borrarle ese sello. Felizmente, no pudo hacerlo, porque lo que verdaderamente hace Dios es indeleble y no puede ser quitado ni borrado por el enemigo.

Esa temprana conversión mía fue el principio de un largo camino en el que tenía muchísimo que aprender. Mi pasión por el football, y más tarde también por el ajedrez,

llegaron a ser un gran estorbo para mi crecimiento y desarrollo, y estoy y estaré eternamente agradecido al Señor por Su gran paciencia, destreza, sabiduría y firmeza, perseverando conmigo a través de los años a pesar de mis muchas torpezas e incoherencias.

Después de cumplir el servicio militar me bauticé y pasé a cursar estudios por tres años en el centro de enseñanza de la Unión Misionera Neotestamentaria en Temperley, un suburbio al Sur de Buenos Aires.

Allí también me dedicaba, más bien en carácter de aprendiz, bajo la tutela de misioneros muy dignos, a la obra práctica de evangelizar y alimentar a nuevos creyentes. Pero sabía que en mi vida faltaba algo, pues tenía declives y vacilaciones, y a veces era como una vasija que se iba vaciando sin poder volver a llenarse.

En un momento dado – debe haber sido en la primavera del hemisferio austral en 1952 – sintiéndome tan vacío y necesitado, le pedí al Señor que de la forma en que Él quisiera, tomase mi vida en Sus manos e hiciese algo nuevo, profundo y duradero.

La respuesta vino no mucho tiempo después, pero de la manera más extraña y contradictoria que me pudiera imaginar. Lejos de mejorar mi situación, seguramente por grietas y fisuras en mi vida espiritual, pasé a ser atacado feroz y brutalmente por una fuerza demoníaca.

Imposible entrar en todos los detalles; sólo diré que no fue algo breve y pasajero, sino que duró, con algunas intermitencias, por algo así como unos nueve años, y a veces me despertaba asombrado y azorado de estar viviendo en lo que se asemejaba a una horrorosa pesadilla.

Humanamente hablando, jamás hubiera elegido yo ese camino, y por cierto que no se lo desearía a nadie. Empero, el Señor se valió del mismo para quebrantar y humillarme, y a la postre me sacó de ese semi-infierno, y enriqueció sobremanera mi vida toda.

Pero para que eso fuera posible, se hizo necesaria una terapia divina para vaciarme de toda la amargura y ponzoña con que ese poder diabólico había inundado mi ser. Fue un proceso largo y laborioso, en el cual, no obstante, fui aprendiendo muchas cosas que no sabía ni me imaginaba, y que me iban a resultar más tarde de mucha utilidad en el ministerio.

En ese proceso a menudo lloraba y lloraba a raudales, sobre todo al buscar al Señor en oración. Se nos había enseñado que debíamos cuidarnos del emocionalismo, pero no sólo me era imposible evitarlo, sino que después de llorar y llorar de esa forma, siempre sentía una gran paz y bienestar en mi alma.

Más tarde comprendí que una parte importante de todo eso era que se trataba de unos lavajes internos, para ir quitando toda esa maleza y ese odio satánico con que se me había llenado.

A veces lloraba con gran intensidad. Nunca me había imaginado que pudiera hacerlo de esa forma tan, tan intensa, pero a su debido tiempo aprendí una verdad alentadora y a la vez aleccionadora.

Lo que dice e Santiago 4: 5 "*¿O pensáis que la Escritura dice en vano: El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente*" cobró para mí un significado que no había visto antes.

Relacionado con Romanos 8: 26-27 llegué a entender entonces que ese llorar tan intenso, del cual yo mismo me sentía incapaz, no era ni más ni menos que del mismo Espíritu Santo, dando expresión a ese celo y profundo anhelo de que yo pudiera llegar a ser aquello para lo cual fui creado, y no un frustrado y fracasado, como en cierto modo todavía era por ese entonces.

Pero además, ese llorar tan intenso no era solamente la expresión de un profundo celo y anhelo, sino que a menudo culminaba de una manera práctica y real, al sentir una fuerza interior que desataba nudos y rompía cadenas con que el malvado enemigo me había atado y esclavizado.

En suma, fue un dilatado proceso de terapia y liberación interior.

Quisiera aclarar que esa terapia que experimenté, nada tiene que ver con lo que en algunas partes se denomina la sanidad de la primera herida emocional, o algo parecido, por haberse uno sentido rechazado o maltratado por la madre, el padre, o algún otro.

Fue una terapia basada en un profundo arrepentimiento por mis propias faltas y pecados, y nunca he sentido que podía achacarlos a mis padres ni a ningún otro.

La otra postura entiendo que es falsa, resultando no en arrepentimiento sino en autocompasión, algo que brinda una efímera satisfacción - *“yo, la pobrecita víctima inocente”* - pero no conduce a nada sólido y bien fundado.

Además, en muchos casos contraría el 5.º mandamiento: “Honra a tu padre y tu madre” que es el primero con promesa de que nos vaya bien, y sean alargados nuestros días sobre la tierra.

En otro orden de cosas, deseo señalar que, habiendo buscado al Señor cuando todavía era soltero para que llenase mi vida, teniendo todo el tiempo y demás a mi favor, por así decirlo, y no haberlo logrado, ahora que ya estaba casado se me presentaba un panorama que parecía bastante sombrío.

En efecto: teniendo que madrugar para el trabajo y ser el marido y padre que debía ganar el pan, llegando al final del día bastante cansado, me preguntaba qué esperanza podía tener a esta altura de la vida de lograr lo que antes, con mayores ventajas, no había podido conseguir.

Sin embargo, al derramarse en mi vida ese espíritu de arrepentimiento, a pesar de todas mis obligaciones laborales, el cansancio natural y mucho menos tiempo disponible, por la gracia del Señor, y de forma muy dilatada y laboriosa, paradójicamente pude alcanzar lo que anteriormente me había resultado inalcanzable.

Una pequeña, pero elocuente y emotiva muestra de lo inesperados que son muchas veces los caminos de Dios, que en casos como éste y muchos más, contrarían la lógica y los razonamientos humanos.

Corresponde ahora que me refiera a las bendiciones cosechadas con posterioridad a todo ese largo camino previo. Por la gracia del Señor he recibido muchos honores, pero al referirme a ellos tomaré solamente algunos y lo haré con discreción, pues es muy fácil, al testimoniar de las bendiciones recibidas de Él, pecar de inmodestia, y desde luego que no deseo hacer eso.

Una de las dichas que me ha sido otorgada es la de permitirme, a mi avanzada edad, que siga viajando para

llevar la palabra de Dios. Lo hago en pequeña medida en el Reino Unido, pero mayormente en España, donde he tenido el privilegio de viajar por el territorio de la Península quizá como no muchos españoles lo han hecho.

Ha sido, y sigue siendo un viajar visitando a las iglesias en una labor interdenominacional, en el pasado acompañado con bastante frecuencia por mi querida esposa.

Sobre los resultados de esa labor de varias décadas no me corresponde comentar a mí, sino a aquéllos que nos han conocido y recibido a través de los años.

También quiero testimoniar de la gracia y sabiduría del Señor, demostrada en brindarme en mi amada esposa la ayuda idónea tan maravillosa y que yo tanto necesitaba. De ella puedo decir que se ha ganado el cariño de muchísimos hermanos y hermanas en España, y que, por viajar mucho menos conmigo en la actualidad, la echan mucho de menos.

La última gracia divina que siento que debo consignar es la de capacitarme para escribir varios libros - éste es el decimocuarto - el contenido de los cuales espero que sea un pequeño y modesto legado, pero sano y útil.

Tratando directamente con la imprenta - sin intermediarios - se ha podido ofrecerlos a un precio módico que los ha puesto al alcance de prácticamente todo el que quiera adquirirlos.

De esta forma casi todos están completamente agotados, pero con una satisfacción adicional muy grande, por lo que sigue a continuación.

De una manera maravillosa el Señor ha permitido o posibilitado que con el irrisorio precio de cinco euros por ejemplar, pueda cubrir los gastos de imprenta, IVA, distribución por transportista a más de veinticinco ciudades de España, etc.

Pero eso no es todo. Sin duda que, increíblemente para muchos, ha ido quedando siempre un interesante superávit, con el cual he podido ayudar económicamente a siervos fieles y causas dignas, sobre todo en España, pero también en la Argentina, Bolivia, varios países del África, Estonia, Rumania, y varios más.

Actualmente estoy apoyando a un siervo muy digno que viaja a menudo a lugares muy necesitados en la India, Nepal y otros países del lejano oriente. Asimismo, a una organización de ayuda a refugiados y asilados con asiento en la ciudad de Liverpool.

La satisfacción – muy grande por cierto – es la de poder ayudar a tantos con el fruto de mis labores como escritor, comprobando a la vez la verdad brotada de la boca de Jesús y reiterada por Pablo en Los Hechos 20: 35 *“Más bienaventurado es dar que recibir.”*

•8•

El evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo. (I)

En los capítulos anteriores hemos escrito sobre las obras y caminos inescrutables de Dios. No pretendemos haber agotado el tema - ¿quién podría, desde luego, agotar lo que además de ser inescrutable, es infinito y no tiene límites?

Ahora pasamos a lo que señala el título. Comenzamos por plantear una pregunta:- al decir Pablo *¿Las riquezas inescrutables, a cuál de los dos se refiere, al evangelio o a Cristo?*

Creemos que sin duda, a Cristo. No obstante, como el evangelio, es decir la buena noticia, la grata nueva, es el medio o el vehículo por el cual se las proclama, al mismo tiempo también de hecho le corresponde que se le atribuyan esas riquezas inescrutables.

Invirtiendo pues el orden nos ocupamos primeramente del evangelio. Esta palabra aparece siete veces en el primer

capítulo de la epístola a los Filipenses. Es bien sabido que en la numerología bíblica el siete nos habla de algo completo y perfecto, lo que claramente denota que el evangelio de nuestro bendito Señor Jesús no es algo parcial, incompleto o defectuoso, sino todo lo contrario: pleno y perfecto a carta cabal.

Este capítulo 1 de Filipenses se presta admirablemente para el tema en que estamos. Ya lo hemos tomado en nuestra prédica oral en no pocas ocasiones, y ahora nos parece oportuno hacerlo por escrito.

Vivimos en un mundo plagado de males de todo orden y que se traducen casi constantemente en malas noticias. Pero estamos de paso y nuestra ciudadanía está en los cielos - en el Reino de Dios, y en el mismo, para los que somos Suyos de verdad, afortunada y felizmente, no hay sino buenas noticias.

Así las cosas, hemos de visualizar en la trama de lo que sigue una pugna, una lucha, entre las dos fuerzas opuestas - la de las buenas noticias y la de las malas.

Adelantamos el itinerario que hemos de recorrer, tomado de cada una de las siete apariciones del vocablo evangelio en el capítulo en que estamos. 1) Defensa del evangelio (a) versículo 7; 2) Defensa del evangelio (b) versículo 17; 3) La confirmación del evangelio, versículo 7; 4) La comunión del evangelio, versículo 5; 5) El testimonio del evangelio, versículo 27^a; 6) La fe del evangelio, versículo 27^b; 7) El progreso del evangelio, versículo 12.

1.- La defensa del evangelio (a)

Todos los medios de comunicación, de manera casi

continua, no nos traen sino malas noticias: corrupción, desempleo, crisis económica, la maldad en toda forma concebible, atracos, crímenes, inmoralidad, y muchísimo más.

Se ha dicho, y con buena razón, que en muchas ocasiones la mejor defensa es un buen ataque. De hecho, vemos que el mismo Pablo aplicaba este principio según vemos hacia el final de la epístola. En efecto: en el penúltimo versículo escribe: *“Todos los santos os saludan, y especialmente los de la casa de César.”*

Se le había encarcelado, pero lejos de deprimirse o amilanarse, por su propio testimonio, y posiblemente el de otros hermanos también, debajo de las mismas narices del gran emperador César, almas preciosas habían sido arrebatadas de las garras del enemigo. No las llama ovejas ni nuevos creyentes, sino santos, y por lo que vemos están llenos de fervor y buen ánimo, y envían saludos muy especiales a los queridos filipenses.

La palabra de Dios nos brinda un variado y formidable arsenal, para pasar al ataque como la mejor defensa contra las malas noticias que buscan enturbiar nuestro panorama y desmoralizarnos. Extraemos algunos poderosos proyectiles.

“Joven fui, y he envejecido, y no he visto justo desamparado, ni su descendencia que mendigue pan. (Salmo 37: 25)

“Los leoncillos necesitan, y tienen hambre, pero los que buscan a Jehová no tendrán falta de ningún bien.” (Salmo 34: 10)

“Conoce Jehová los días de los perfectos y la heredad de ellos será para siempre. No serán avergonzados en el mal tiempo, y en los días de hambre serán saciados.” (Salmo 37: 18-19)

Y por el último versículo del conocidísimo Salmo 23 entendemos que hay un caballero que detrás de nosotros, digamos a la izquierda, nos sigue de forma fiel y persistente. Le preguntamos cómo se llama, y nos responde EL BIEN. Asimismo, atrás pero a la derecha, hay otro caballero que tampoco nos pierde pisada, y al preguntarle cómo se llama nos contesta LA MISERICORDIA. Inquirimos por cuánto tiempo se proponen seguir tras nuestro: ¿dos, tres, cuatro días? y la respuesta rotunda es TODOS LOS DÍAS DE VUESTRA VIDA, HASTA EL FINAL DE VUESTRA PEREGRINACIÓN.

En el Nuevo Testamento también tenemos un abundante y poderoso arsenal.

“He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén.” (Mateo 28 20)

“No te dejaré ni te desampararé.” (Hebreos 13: 5)

“Mi Dios pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús.” (Filipenses 4: 19)

Este último versículo primariamente se relaciona con la provisión económica. Con todo, esas palabras *“todo lo que os falta”* abarcan en realidad todo el vasto espectro de la necesidad que un hijo de Dios pueda tener, ya sea física, material, emocional, espiritual o anímica, para esta vida y de seguro que para el más allá también, aun cuando estrictamente hablando, allí no habrá necesidad, pues todo estará suplido con creces y en todos los órdenes.

En suma, haciendo buen uso de ese gran arsenal de la palabra de Dios, que vive y permanece para siempre, bien podemos silenciar las baterías del enemigo. Así estableceremos en nuestro ánimo y carácter la inagotable

buena noticia del reino de Dios, que para los Suyos sólo tiene de éstas, y no de las otras.

2.- Defensa del evangelio (b)

Pero el enemigo es tenaz y no se da por vencido así como así. Sabe que hay una verdad que todos debemos conocer, y que trata de explotar con malicia y astucia.

La misma consiste en la afirmación de Jesús que habría cizaña y también muchos malos peces en el reino de los cielos. Ver Mateo 13: 24-30 y 36-43 y 13: 47-50)

Tanto la una como los otros han de subsistir y sólo al fin del siglo serán quitados por los ángeles.

Y así, esperando el momento del cansancio o de desánimo se acerca y comienza a soltar su susurro pérfido y engañoso. “¿Te fijaste en aquél que parecía tan fiel y muchos lo admiraban, y ahora se ha vuelto al mundo? ¿Y ese predicador tan cotizado que muchos se deleitaban escuchándolo y lo llamaban *el hombre de la hora*? ¿Te enteraste que dejó a su mujer y se escapó con la secretaria? ¿Y ese diácono que se confiaba tanto en él, y ahora resulta que se ha quedado con los fondos de la iglesia y ha dejado muchas cuentas impagas?”

“Y tú, tontito, ayunando, no faltando nunca a las reuniones ni a las vigiliass, y dando de tu dinero con tanta y santa inocencia. Relájate y quédate en casa mirando la tele, sentado cómodamente en el sofá – despreocúpate, quédate con tu dinero, que tanto te ha costado ganarlo, y vive tranquilo y a tus anchas.”

En Mateo 11: 12 Jesús afirmó: “Desde los días de Juan el

Bautista hasta ahora, el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan."

Hay ocasiones en que uno no debe permanecer impávido ante la maldad artera y ponzoñosa del enemigo, sino que se debe poner violento, según el versículo citado.

Desde luego que ese ponerse violento no significa explotar de una rabia carnal, gritándole al diablo desafortadamente, como algunos tienden a hacer. Pero sí significa cantárselas bien claras.

"¿Que aquél que muchos lo creían tan fiel y le admiraban, ahora se ha ido al mundo? ¿Qué ese predicador tan cotizado ha traicionado a su mujer y se ha ido con otra? ¿Qué ese diácono, que parecía de absoluta confianza, se ha enredado en asuntos turbios con el dinero?

Más razón para que yo me aferre como nunca a mi Cristo bendito - y nada de volver al mundo, ni caer en la horrible trampa de la infidelidad matrimonial, ni de quedar traspasado por muchos dolores por codiciar indebidamente el dinero. Muy por el contrario, por la gracia de Su Espíritu me propongo ser fiel y humilde en todo, y permanecer ardiendo al rojo vivo hasta el final de mi vida."

3.- La confirmación del evangelio. (1: 7)

Tras salir airosos en los dos importantísimos puntos anteriores, pasamos al siguiente - el de estar confirmados, o bien que el evangelio, la buena nueva vasta e inagotable, quede firmemente establecida en nuestra vida.

En el ministerio del apóstol Pablo había dos cosas prioritarias. La primera era ganar almas, rescatándolas de

las tinieblas y llevándolas a la luz admirable de Cristo. Pero enseñado por Dios y aprendiendo de la experiencia ministerial, se dio cuenta de que eso no bastaba, sino que había que confirmarlas en la fe.

Sobre esto ya nos hemos explayado con bastante detalle en ocasiones anteriores, si bien no en esta obra.

Pero para ser fieles al texto, aquí no se está hablando de la confirmación de los creyentes - en este caso de los filipenses. Citamos el versículo tal cual para así poder reflexionar mejor: *"...como me es justo sentir esto de todos vosotros, por cuanto os tengo en el corazón, y en mis prisiones, y en la defensa y confirmación del evangelio, todos vosotros sois participantes conmigo de la gracia."*

Las primeras palabras - *"como me es justo sentir esto de todos vosotros"* se vinculan claramente con el antecedente del versículo anterior, en el que Pablo expresa su persuasión de que el que comenzó la buena obra en ellos habría de perfeccionarla hasta el día de Jesucristo.

Continúa diciendo que los tiene en el corazón, cosa que ratifica y amplía en el versículo siguiente: *"Porque Dios me es testigo de cómo os amo a todos vosotros con el entrañable amor de Jesucristo."*

Así nos encontramos que entre estas dos declaraciones - la de su persuasión en cuanto al que comenzó la buena obra y la de su amor entrañable para con todos ellos -

aparece la parte del versículo 7 que debemos desmenuzar: *"...y en mis prisiones, y en la defensa y confirmación del evangelio, todos vosotros sois participantes conmigo de esta gracia."*

A lo que concierne a la defensa ya le hemos dado la

interpretación, arbitraria si se quiere, de los dos puntos anteriores, para adecuarla a los fines de la pugna o lucha ya señalada.

Pero ¿cómo hemos de interpretar lo que Pablo dice en cuanto a la confirmación del evangelio?

Creemos que debe apuntar a la eficacia del evangelio como poder de Dios, una eficacia que quedaba y quedará comprobada de forma total y absoluta, con un desenlace final de triunfo y no de fracaso.

Nos explicamos: de haber llegado los filipenses a un mal fin, derrotados, apartados o maltrechos, por lo menos en ese escenario de Filipos el evangelio no habría quedado confirmado como una fuerza eficaz y victoriosa.

Pero la persuasión de Pablo estaba fundada en la capacidad suprema del Dios omnipotente y omnisciente que había comenzado la buena obra. Para él, eso era una garantía absoluta de que llegaría a un fin perfecto, como todo cuanto emprende un Dios como el nuestro.

Ahora bien, entrelazado con esto está el hecho de que él interpone las palabras "*y en mis prisiones.*" Interpretamos que su eficacia estaba siendo puesta a prueba en el hecho de que él, el insigne abanderado del evangelio, se encontraba preso, entre rejas y sin ver el sol por un buen tiempo. De haber claudicado ante circunstancias tan adversas y penosas, por cierto que el evangelio no habría quedado confirmado, sino desacreditado.

Empero, esa gracia del Altísimo había comenzado y dado pleno impulso a la obra también en su propia vida, y al perseverar con toda firmeza, de forma estoica y valerosa, el evangelio quedaba plena y auténticamente confirmado.

Al mismo tiempo, hilvanaba todo esto con un reconocer a ellos, los filipenses, como participantes de la misma gracia, lo cual le suponía un motivo más para amarlos con el entrañable amor de Jesucristo.

Esto nos lleva, como reflexión final, a plantearnos la gran pregunta: ¿En nuestras propias vidas el evangelio está siendo confirmado o desacreditado?

No queremos internarnos en el terreno de plantearlo como parte de la gran polémica o controversia de las dos posturas teológicas - la hipercalvinista y la arminiana. Pero hemos de reconocer que a esa obra eficaz y victoriosa de Dios, le tiene que corresponder una conducta plenamente acorde por parte de cada uno de nosotros.

Que en nuestras vidas este bendito evangelio quede plenamente confirmado.

Consecuentes con el deseo expresado hacia el principio de que los capítulos no sean demasiado extensos, interrumpimos aquí para continuar en el siguiente.

•9•

El evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo. (II)

El cuarto punto se deriva del versículo 5.

4.- La comunión del evangelio.-

CEl vocablo *comunión* está formado por la contracción de común y unión. Al tener algo en común con otros de la misma fe, y compartirlo en alguno o algunos de sus muchos aspectos, esto nos unifica, al mismo tiempo que nos edifica y enriquece.

En Efesios 5: 16 se nos exhorta a aprovechar el tiempo. Como habitantes de este mundo, aun cuando de paso y encaminados hacia nuestra morada eterna, no podemos ni debemos desentendernos del todo de lo que está aconteciendo en el planeta tierra.

No obstante, es fácil que uno se deslice en la conversación hacia lo terrenal de tal manera, que

prácticamente no quede lugar para lo espiritual y celestial.

Hace un par de años más o menos, una querida hermana nos invitó a mi esposa y a mí, juntos con varios más, a una comida para el día de Año Nuevo. En total éramos como unos doce, y después de comer opíparamos pasamos a la sala contigua, y allí, varios grupos de dos o tres cada uno comenzaron a conversar de temas variados, pero que me parecían más bien de orden social.

Entendiendo que había una mejor forma de pasar el tiempo, sugerí que del caudal de experiencia propia en las cosas del Señor, aportáramos algo cada uno. Esto permitió que en vez de varias conversaciones en grupitos pequeños, hubiese una general en que participásemos todos. Con una sola excepción, cada uno aportó lo suyo, y el resultado fue que al final todos nos sentimos edificados y bendecidos con cosas de sustancia para nuestra vida espiritual.

En una ocasión más reciente, hospedado en casa de un querido matrimonio, me encontré con una situación que, aunque distinta, era análoga en un sentido, aunque esto parezca una contradicción.

Estábamos tratando de mantener una conversación, pero un programa de televisión que se estaba escuchando al mismo tiempo entorpecía las cosas. Felizmente, al pasarse a la publicidad se bajó el volumen, y se me ocurrió pedir a mis anfitriones que me contaran dónde, cuándo y cómo habían llegado a conocer al Señor.

Esto provocó que uno de los dos decidiera con todo acierto apagar la televisión, y la comunión cobró un tono muy edificante y provechoso, desembocando en un rato de

oración juntos. Esto nos dejó a los tres muy satisfechos en el fuero interno.

Quien esto escribe reconoce que no siempre ha actuado con la misma sabiduría, pero se ha propuesto que en el futuro las oportunidades que se le presenten sean bien aprovechadas siempre que sea posible.

En conclusión, que sin dejar de lado completamente lo que nos concierne en cuanto a lo terrenal, nos cuidemos de que lo celestial y eterno sea el tema preferente de nuestras conversaciones y tertulias.

5.- El testimonio del evangelio.-

“Solamente que os comportéis como es digno del evangelio de Cristo.” (1: 27ª)

Esto es algo de tanta importancia, que el enemigo trata siempre con saña y malicia que de una forma u otra, los creyentes no se cuiden de darle la debida atención.

El comportamiento como es digno a que se refiere Pablo en el versículo arriba citado, abarca en realidad todo aspecto imaginable de nuestra vida y conducta.

Empezando por el dinero, lo ideal es que seamos siempre irreprochables. Si un creyente no cumple debidamente con un compromiso económico que ha contraído - ya sea un alquiler, una compra o por la reparación del coche - inevitablemente la parte afectada por el incumplimiento lo ha de mirar con malos ojos, y no ha de ser por cierto algo que lo motive a abrazar la fe del evangelio.

Con cierta tristeza consigno lo que un precioso hermano y consiervo, que se ocupa en refacciones y reformas de

viviendas y edificios, me compartió recientemente. Aunque cueste creerlo, no está dispuesto a aceptar ningún trabajo para una iglesia evangélica en razón de su dolorosa experiencia en el pasado.

En efecto: después de acordar con ellas un presupuesto determinado, al terminar los trabajos se ha encontrado con que nunca le llegaron a pagar lo acordado en un principio, quizá por el razonamiento deshonesto de que, por ser ellos evangélicos, él debía cobrarles menos o no cobrarles nada.

No obstante, en Su gran fidelidad el Señor ha bendecido a este hermano ostensiblemente. De los trabajos efectuados para personas inconversas o para empresas normales y corrientes, en general casi siempre ha podido cobrar lo presupuestado, y se encuentra con que aun en tiempo de crisis está ganando más que nunca, y pagando a sus obreros también más que nunca.

Sin embargo, el hecho de que las cosas estén invertidas tan lamentablemente, siendo morosos los creyentes y los inconversos cumplidores, da mucho, muchísimo que pensar.

¿Dónde están los verdaderos siervos del Señor, que debieran estar proclamando a viva voz que esto no debe ni puede seguir así? – que por representar a un Dios y un Cristo como el nuestro, los creyentes debemos dar el buen ejemplo, siendo honrados y cumplidores a carta cabal.

Al escribir esto nos damos cuenta de que puede haber algún lector que en estos tiempos de crisis esté atravesando por dificultades en la economía. Que lo antedicho no le resulte acusatorio ni condenatorio. Sólo podemos recomendarle que, en la medida de lo posible, le dé al Señor, y siempre que pueda, sin que su siniestra se entere

de lo que hace la diestra. Al mismo tiempo, que prescindiera de cuanto no sea estrictamente indispensable y procure, como prioridad máxima y urgente, cancelar toda deuda que tenga.

Así se encontrará con la dicha de cumplir el mandato de Romanos 13: 8ª *“No debáis a nadie nada”* y podrá dormir tranquilo y sentirse mucho mejor.

Bajo este mismo encabezamiento del testimonio, nos ocupamos ahora de obscenidades, y cosas afines, tales como los llamados “chistes verdes,” en cuanto a los cuales, lamentablemente, muchos no adoptan la postura de rechazo total que debieran.

Cuando en un programa televisivo, por ejemplo, aparece algo de esa índole, lo que corresponde es cambiar el programa de inmediato, o mejor aun, apagar el televisor.

Acude a la mente del autor el recuerdo de algo acontecido hace unos cuarenta y siete años, cuando se desempeñaba como funcionario de la entonces empresa estatal Aerolíneas Argentinas. Había la costumbre mensual del almuerzo de gerentes que se convocaba en la ciudad de Manchester en forma rotativa y por orden alfabético.

La segunda vez que le tocó hacerlo hizo una oración especial al Señor. Sabedor de que en los mismos, hacia los postres y el café, empezaban los chistes sucios y de mal gusto, oró pidiendo que en esa ocasión no fuera así, en atención a que él, que era quien convocaba el almuerzo, era un siervo de Dios.

Pero el Señor tenía otro plan muy distinto - esa ocasión iba a suponer una prueba importante a que debía ser sometido.

Los chistes sucios y de mal gusto abundaron más que otras veces. En total éramos veinte comensales, incluyendo mi jefe inmediato que había viajado de Londres para acompañarme en el almuerzo. Después de cada chiste había diecinueve que se reían a carcajadas, mientras un servidor hacía lo que para los demás era el papel de un pobre estúpido.

Pero no podía reírme como los demás. Por una parte, los chistes me resultaban muy desagradables, casi asquerosos y nada risueños, pero por la otra, sabía bien que reírme junto con todos habría sido una traición al Señor. Habría supuesto celebrar las suciedades de Satanás para quedar bien con los demás.

Le agradezco mucho al Señor que me dio la gracia de mantenerme firme en esa oportunidad.

Lo normal hubiera sido que muy pronto se me trasladara a un cargo de menor importancia y sin roce con los demás, pues en esa labor de relación pública que tenía, lo corriente era y es beber bebidas alcohólicas con los demás, convidar con cigarrillos o cigarros, y tener el chiste indicado para cada ocasión, no importa si es o no de humor limpio y sano

Mi labor la desarrollaba de otra forma muy distinta, basándome en la amistad y el buen servicio. Pero lo cierto es que no se tomó ninguna medida y seguí en el mismo cargo.

Poco después vino un evento deportivo muy importante - se trataba de la final mundial de football a nivel de club que debían disputar los equipos de Manchester United y Estudiantes de la Plata. Sería largo entrar en todos los

detalles, pero resumiendo me tocó a mí viajar con el presidente del Manchester United y el famoso entrenador Matt Busby como traductor y guía en un ambiente que conocía bastante bien.

Esto fue para concretar con anticipación todos los arreglos de hospedaje, etc. en Buenos Aires para cuando llegara el equipo para disputar la final.

Apenas hace falta decir que todos los demás gerentes habrían anhelado sobremanera un viaje como ése, que para ellos habría significado un altísimo privilegio.

Cuando se acercaba el tiempo del viaje de los jugadores y periodistas, todas las demás empresas agotaron cuanto medio tenían a su alcance para que fuese por sus servicios.

No obstante, con la ayuda del Señor y la colaboración eficaz de la sucursal en Londres, logramos que viajaran por los servicios de Aerolíneas Argentinas, lo cual supuso un tremendo campanazo publicitario, además de pingües ingresos.

Posteriormente, la agencia Manchester, de la cual yo era gerente, por varios meses batió todos los records de ingresos.

Entiendo que era imprescindible que de esa prueba saliese aprobado, pues de otra manera habría quedado, si no eliminado, por lo menos postergado en cuanto al llamamiento del Señor para mi vida.

Se podría seguir por largo rato sobre el tema del testimonio, pero para no ser demasiado extensos, nos limitamos a agregar advirtiendo que quien no se guarde celosamente en su conducta en todos los órdenes, no sólo le

está pagando con muy mala moneda al Señor por Su amor tan sacrificado y maravilloso, sino que corre peligro de encontrarse en el más allá con una sorpresa muy desagradable, y más que eso, un fin nefasto e irreversible.

“Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor” (Hebreos 12: 14)

Que no nos tenga que decir a ninguno de nosotros en aquel día las palabras de Lucas 13: 27 *“Apartaos de mí... hacedores de maldad.”*.

6.- La fe del evangelio.- (1: 27b)

Para explicar bien a lo que vamos en cuanto a este punto, es necesario considerar lo ocurrido en un principio con Adán y Eva, usualmente conocidos como nuestros primeros padres.

Si preguntásemos ¿cuál fue el primer pecado? la respuesta de la mayoría sería la desobediencia. No obstante, debemos ahondar un poco para llegar a la raíz de lo que provocó esa desobediencia. Al dirigirse la serpiente a Eva, diciéndole que aunque comieran del árbol de la ciencia del bien y del mal no iban a morir, sino por el contrario que se les abrirían los ojos y serían como Dios, sabiendo el bien y el mal, le estaba lanzando una doble dosis de ponzoña absolutamente infernal: que Dios les estaba mintiendo, y además engañando, al privarles de algo fenomenal, por así decirlo.

Al aceptar Eva, y de hecho Adán también, esa mentira tan horrorosa e infame, la comunión con el Señor Dios Creador, al cual le debían todo, quedó rota. Eso los dejó en un estado deplorable y lamentable en extremo. En efecto:

siendo el único en realidad que nos puede procurar el más alto bien, tanto en la vida presente como en la del siglo venidero, y no poder confiar en Él ni fiarse de Su palabra, los colocó a ellos, y también a todo el que se encuentra en ese estado, en una penumbra total y falta de toda esperanza.

En Su gran sabiduría, el Señor ha decretado que la salvación sea por fe, y por el evangelio ahora nos llama a creer Su palabra, no en cuanto a un árbol prohibido, sino a la muerte y resurrección de Su Hijo Jesucristo, crucificado en el madero del Calvario.

Ahora bien, sabemos que la comunión previa a la caída era como una preciosa cadena - no de esclavitud, sino de un vínculo hermoso con el Ser Supremo. Esa cadena se rompió, ¿pero en cuál eslabón? El de creer en Su palabra; y ahora, al darle la espalda a toda la mentira diabólica y creer de todo corazón en la palabra de verdad del evangelio, esa cadena de comunión queda plenamente restablecida al *restaurarse el eslabón que se había roto* - el de creer en Su palabra.

Asimilemos debidamente esta verdad importante, reflexionando sobre ella y la sabiduría y gracia del Señor, que en ella se ponen tan de relieve.

Asimismo, hagámonos eco de la exhortación de Pablo a los fieles filipenses a combatir unánimes por la fe del evangelio, sabiendo que es una gracia y un honor que también se hace extensivo a cada uno de nosotros.

7.- El progreso del evangelio.- (1: 12)

Aquí el progreso del evangelio no ha de entenderse como lograr que la opinión pública, las autoridades, los

medios de comunicación, etc. lleguen a aprobarlo y decir que es bueno y aconsejable. Sabemos que el Señor dijo con todo énfasis *“Mi reino no es de este mundo”* y quienes esperan una franca aprobación del mundo, o bien que prácticamente el mundo entero se convierta, sólo alientan una vana esperanza que no tiene ningún asidero firme en las Escrituras.

Lo que sí hemos de entender por el progreso del evangelio, es que *la proclamación del mismo* se extienda, y esto se desprende claramente del contexto, en que Pablo se goza en que eso estaba sucediendo en el entorno del pretorio y demás lugares de las inmediaciones en que se encontraba, y aun cuando algunos lo hacían por pretexto y contención, y no por amor y sinceramente como la hacían los verdaderamente fieles. Esto también concuerda con lo dicho por el Señor en Mateo 24: 14 en el sentido de que es necesario que el evangelio del reino sea predicado en todo el mundo para testimonio a todas las naciones antes de que venga el fin.

Además está el claro mandato de Marcos 16: 15 *“Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura”* que corrobora plenamente lo que estamos diciendo.

En conclusión, debemos acotar que Dios es un Dios de progreso, como queda evidenciado de tantas formas. Para tomar solamente una de ellas, señalamos que en los albores de la creación, según se consigna en el primer capítulo del Génesis, primero creó los árboles y las plantas con semilla para reproducir según su especie y género. Este mismo principio seguidamente lo trasladó al reino animal, luego al género humano e igualmente al reino espiritual, a fin de que, concluida Su obra de redención en cada uno de los

Suyos, seamos a imagen y semejanza Suya, según Su propósito creativo original enunciado en un principio en Génesis 1: 26.

Es importante que en la vida de cada uno, el evangelio se arraigue y se profundice, tanto en nuestra vivencia personal como en su proclamación verbal, y asimismo, por lo que somos y la forma en que vivimos y nos conducimos.

Que en ninguno de nosotros haya un estancamiento, ni quedemos rezagados, sino que se advierta un progreso, tal vez gradual, pero sano y firme.

•10•

La plenitud infinita de Cristo y su obra redentora.

Habiendo expuesto ya sobre el evangelio – la grata nueva, por la cual se proclaman las riquezas inescrutables de Cristo – tal como lo anticipamos, pasamos ahora a ocuparnos de estas últimas en sí.

Para ello nos valemos de dos largos capítulos de nuestro segundo libro - “Hora de Volver a Dios” - y que titulamos “La plenitud Infinita de Cristo y Su obra Redentora.”

En ellos consignamos veintinueve puntos, para hacer coincidir ese total con el idéntico número de letras de nuestro abecedario. Después de consignar brevemente algo de la parte introductoria, pasaremos a enumerar los veintinueve puntos, agregando algún breve comentario sobre algunos de ellos.

Colosenses 3:11 termina con las palabras claves “...Cristo es el todo en todos.”

Cuando se está buscando algo nuevo, como ser una nueva unción, o visión, o inspiración, etc. es señal de una insatisfacción interior.

Por supuesto que es bueno tener hambre y sed de más de Dios, pero es necesario que ello se canalice correctamente por los parámetros establecidos en las Escrituras. Como es bien sabido, no son otros que la oración, la palabra de Dios, la entrega total de nuestras vidas, y el querer hacer la voluntad de Dios por encima de todo lo demás en la vida.

No queremos ser críticos ni negativos, pero en honor a la verdad debemos decir que nos consta que en muchos casos la búsqueda del Señor, en vez de centrarse en Él, la Fuente Eterna de todo bien, se perfila por otras líneas incorrectas, como lo más novedoso, lo que ahora está de moda, la última palabra, el poder y los milagros, etc.

Este capítulo, con sus veintinueve puntos, busca señalar de la manera más Cristo céntrica posible, la plenitud infinita de nuestro amado Señor Jesús y de Su obra redentora. Lo hacemos, animando al lector a que, en su buscar a Dios para fortalecerse o renovarse, como lo hace el autor, y como debiéramos hacerlo todos los que queremos progresar y escalar posiciones, lo hagamos conscientes de verdades tales como la de Juan 1: 16:- *“Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia.”*

Pasamos ahora a enumerar los distintos puntos.

a) El conducto por el cual se canalizan todas las promesas.

“Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas...y a su simiente, la cual es Cristo.” - Gálatas 3: 16.

Este es el conducto glorioso y perfecto a través del cual se canalizan todas las promesas de bendición para todas las naciones. Se deriva de la promesa de la simiente de la mujer, hecha primeramente en el Edén (Génesis 3: 15), ratificada y sumamente ampliada en el pacto con Abraham.

b) La meta suprema a que nos lleva la ley de Dios.

“De manera que la ley ha sido nuestro ayo para llevarnos a Cristo.” (Gálatas 3: 24)

Toda esa ley mosaica, llena de sabiduría, justicia y verdad, tenía y tiene como su fin más elevado, funcionando como nuestro maestro o enseñador, llevarnos a Cristo como el más alto bien para el ser humano.

c) El niño e hijo con el nombre quíntuplo para describirlo.

“...y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de paz.” (Isaías 9: 6)

Todas las virtudes y glorias de esos cinco nombres van acompañadas de la promesa de un reino sobre Sus hombros, dilatado ilimitadamente en tiempo y espacio, en el cual estará ordenándolo todo en perfecta paz, juicio y justicia.

ch) El vaso corporal que contiene en sí toda la plenitud de la Deidad.

“...Cristo. Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad.” (Colosenses 2: 8-9)

d) La cabeza de todo principado y potestad que completa totalmente nuestras vidas.

“... y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo

principado y potestad.” (Colosenses 2: 10)

¿Por qué y para qué estar buscando y buscando en otras partes y en otras fuentes cuando en él lo tenemos todo?

e) El depositario de todos los tesoros de sabiduría y conocimiento.

“...Cristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento.” (Colosenses 2: 3)

Este aspecto de Su plenitud lo tratamos en mucho detalle en nuestra obra anterior “Cristo, sabiduría de Dios”, a la cual remitimos a cualquier lector o lectora que desee ahondar en el tema.

f) El que en todo tiene la preeminencia.

“Él es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia.” (Colosenses 1: 18b)

g) Cabeza de la iglesia que llena Su cuerpo con toda Su infinita plenitud.

“...y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquél que todo lo llena en todo.” (Efesios 1: 22-23)

h) La pieza clave, en la que en el cumplimiento del tiempo, Dios reúne todas las cosas.

“...dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo de reunir todas las cosas en Cristo en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra.” (Efesios 1: 9-10)

Por lo que entendemos, en la consumación de los siglos

Dios habrá de tomar cuanto haya en los cielos y en la tierra y colocarlo en Cristo, a fin seguramente de darle su debido lugar, liquidando y saldando por medio de Él cada cuenta, y ubicando cada cosa en su correspondiente destino final.

i) *“Toda potestad me es dada en los cielos y en la tierra.” (Mateo 28: 18)*

Si a Cristo toda potestad le es dada, ¿cuánta tendrán Satanás y sus huestes en su lucha contra nosotros? NINGUNA, excepto si se la damos por desobediencia, negligencia o por salirnos de la voluntad divina, desatendiendo la exhortación de Efesios 4: 27 *“ni deis lugar al diablo.”*

j) *La gloria del Verbo encarnado, lleno de gracia y verdad.*

“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre) lleno de gracia y de verdad.” (Juan 1: 14)

k) *Todas las cosas están en Sus manos.*

“...sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos...” (Juan 13: 3)

Bendita verdad que nos hace saber a los verdaderamente renacidos que estamos en Sus benditas manos – seguros, a salvo y bendecidos sobremanera.

l) *La imagen del Dios invisible.*

“...Cristo, el cual es la imagen de Dios.” (2ª. Corintios 4: 4b)

“Él es la imagen del Dios invisible” (Colosenses 1: 15)

“...siendo el resplandor de su gloria y la imagen misma de su sustancia.” (Hebreos 1: 3)

A diferencia de las imágenes e ídolos hechos con manos y prohibidos en el decálogo, Él es el personaje celestial y eterno que moró encarnado entre los hombres, desplegando de forma fiel y acabada lo que es el Dios invisible a quien nadie ha visto jamás. En otras palabras, la representación vívida, veraz y precisa de Él en todos Sus atributos y virtudes.

ll) Heredero de todo.

"...el Hijo, a quien constituyó heredero de todo..." (Hebreos 1: 2)

m) Creador de todo el universo.

"...por quien asimismo hizo el universo..." (Hebreos 1: 2)

n) El resplandor de la gloria de Dios.

"...el cual, siendo el resplandor de su gloria..." (Hebreos 1: 3)

"...para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo." (2ª. Corintios 4: 6b)

Como es sabido, en ninguno de los cuatro evangelios se nos da el menor indicio de los rasgos físicos del Señor Jesús, lo que llama poderosamente la atención, y es algo que para nosotros constituye una razón más para afirmar su absoluta inspiración de lo alto.

Pero la pregunta que cabe es ¿cuál es entonces la faz o el rostro de Jesucristo a que alude Pablo en el versículo citado?

Entendemos que en el Nuevo Testamento hay una revelación muy clara al respecto. Veamos:

"...y se transfiguró delante de ellos y resplandeció su rostro como el sol." (Mateo 17: 2)

"...y su rostro era como el sol cuando resplandece en su

fuerza.” (Apocalipsis 1: 16)

“...yendo por el camino, vi una luz del cielo que sobrepasaba el resplandor del sol.” (Los Hechos 26: 13)

En las tres citas consignadas vemos la coincidencia de que los cuatro apóstoles más destacados del Nuevo Testamento – Pedro, Juan, Jacobo y Pablo – vieron el rostro del Señor **como** el sol. Esto denota que no era exactamente el sol de nuestro sistema planetario, sino, si cabe, la descripción más aproximada del mismo.

Por otra parte, en Malaquías 4: 2 al Señor se lo describe proféticamente como el Sol de Justicia, y en el Salmo 19: 4-6b se habla del sol como el esposo que sale de su tálamo, y como el gigante que se alegra para correr el camino, y de cuyo calor nada hay que se esconda. Esto resulta una muy acertada descripción alegórica del Señor Jesucristo, a Quien, por otra parte, teológicamente lo solemos llamar el Sol Increado o bien el Sol Eterno.

En esa comparación simbólica visualizamos al sol, como una inmensa esfera de fuego, centro de nuestro sistema planetario, que nos da luz, calor y vida. Si se alejase de nuestro planeta moriríamos congelados y petrificados a muy breve plazo.

Nuestro mundo gira alrededor del mismo en dos movimientos – el de rotación sobre sí mismo que dura veinticuatro horas, marcando el día y la noche, y el de revolución en un circuito larguísimo de miles y miles de kilómetros durante los 365 del año, el cual nos da las cuatro estaciones – invierno, primavera, verano y otoño. Si se saliera de esa órbita tan inmensa de su revolución anual, el efecto sería absolutamente catastrófico.

Figurativamente así debe ser nuestra vida, girando en torno a Él cada día del año, y si por descuido, desliza o lo que fuere nos saliésemos de órbita, ponernos a cuentas con Él bien pronto, y tomar otra vez esa bendita ubicación en torno a Él.

También tenemos el hecho de que al mirar el sol, aunque sea por una fracción de segundo, quedamos encandilados, de tal manera que nuestra mirada se nubla y transitoriamente no vemos con claridad lo que nos rodea.

A Pablo le sucedió que esa luz, por ser tan potente, lo encegueció. (Los Hechos 22: 11) Y en esto hay un paralelo con lo que nos sucede cuando verdaderamente lo llegamos a conocer. Antes de eso vemos lo terrenal que nos rodea – casa, dinero, carrera, amigos, bienes materiales, etc. con toda nitidez – son nuestro mundo, nuestra vida y razón de ser. Pero al brillar ante nosotros esa luz tan admirable, cual nunca hemos visto ni conocido, pasa algo imprevisto, totalmente inesperado. Esa luz nos deslumbra de tal forma que todo lo anterior se desdibuja y nubla, perdiendo su atracción y su valor. Y en cambio esa Luz Eterna – Cristo, la luz del mundo – se vuelve en el centro de nuestra mirada y visión, y sabemos que ahora nuestro destino es amarle, seguirle y servirle el resto de nuestro camino, dejando atrás todo lo que se oponga y quiera opacar Su luz admirable.

Que todo esto sea, no una teoría y una serie de ideas bonitas, sino una realidad viva que se plasme y cristalice plenamente en la vida de cada uno de uno de nosotros.

ñ) Quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder. (Hebreos 1: 3)

Todo un universo infinito de planetas, estrellas, constelaciones y galaxias, y mucho más que sería imposible

enumerar cabalmente, sostenido en su debido lugar por la palabra de Su poder formidable y omnipotente. ¡Como para estar orgullosos sobremanera de pertenecer a semejante Cristo!

o) El colosal luchador que ha efectuado por sí mismo la purificación de todos nuestros pecados.

“...habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo.” (Hebreos 1: 3)

Es muy fácil que se nos pase desapercibida la colosal magnitud de esa obra de expiación por los pecados de **todos nosotros**. Todas las fechorías, mentiras, engaños, blasfemias de miles y millones de seres humanos, cargados sobre Su persona y sobre Sus hombros santos.

Su sacrificio en el escenario del Gólgota significó la lucha más cruenta y trascendental de toda la historia, y ¡cuánto nos alegramos que haya vencido en la misma, y que ahora se encuentre sentado a la diestra de la Majestad en las alturas, honrado y alabado incesantemente por las huestes celestiales!

p) Liberados del dominio del cuerpo del pecado.

“...sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue juntamente crucificado con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado.” (Romanos 6:6)

Otra de las gloriosas conquistas de Su victoria en el Calvario, que muchos no aprecian en su debido valor. No sólo se llevó nuestros pecados – los de todos nosotros como dice en Isaías 53: 6b - sino también la vieja naturaleza, la raíz de nuestro pecado.

q) La maldición trocada en bendición, para otorgarnos a la vez la justicia de Dios.

“Cristo nos redimió de la maldición...hecho por nosotros maldición...” (Gálatas 3: 13)

“Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.” (2ª. Corintios 5: 21)

En el glorioso trueque del Calvario, nuestras vestiduras harapientas y andrajosas que llevábamos como pecadores indignos, quitadas y echadas sobre él, para vestirnos de gala en cambio, con una nueva vida que mana de Cristo mismo, para que así seamos justicia de Dios en él. Y además, notemos que no es la justicia de un juez o tribunal humano, sino la del Juez Supremo, y que por lo tanto, necesariamente tiene que ser perfecta e inapelable.

r) Sanidad, hermosura y riqueza.

“...y por su llaga fuimos nosotros curados.” (Isaías 53: 5)

“Como se asombraron de ti muchos, de tal manera fue desfigurado de los hombres su parecer, y su hermosura más que la de los hijos de los hombres...” (Isaías 52: 14)

“Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos.” (2ª. Corintios 8: 9)

Dejamos librada al criterio de cada lector una debida reflexión sobre estas tres preciosas e importantes facetas.

s) Matando las enemistades: las potestades y principios antagónicos derrotados y despojados.

“...y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo

cuerpo, matando en ella las enemistades.” (Efesios 2: 16)

Aunque se refiere primariamente a la enemistad entre el pueblo de Israel y las demás naciones, genéricamente llamadas gentiles, esto se hace extensivo a toda enemistad, ya sea por regionalismo, nacionalismo o raza. El creyente que todavía abriga en su pecho sentimientos de esa índole, no sólo ignora este aspecto del Calvario, sino que demuestra una evidente falta de madurez espiritual, olvidando que nuestra verdadera ciudadanía está en los cielos, y que debe amar a los que son de otra región, nación o raza y no considerarlos como inferiores, y mucho menos despreciarlos por ser de una procedencia que él no ve con agrado.

“...y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz.” Colosenses 2: 15.

Como dice el versículo que precede - anulando el acta de los decretos de la ley que había contra nosotros - esa ley que nos acusaba y condenaba inexorablemente - quitándola y clavándola en la cruz - así fue como logró despojar a los principados y potestades, pues perdieron todo el derecho que tenían sobre nuestras vidas y quedaron despojados del fuerte botín de que se habían hecho con tanta malicia.

Además, a esos poderes los exhibió en público y ante la vista no sólo de los testigos humanos que presenciaron la escena en el Gólgota, sino también ante los ángeles, arcángeles, querubines y serafines y demás huestes celestiales, y el Padre y el Espíritu Santo, los tomó a todos por las barbas, por así decirlo, y en esa titánica lucha les asestó un golpe de gracia y una derrota final y absoluta.

t) La grúa formidable de la resurrección de Cristo.

“...y cual la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo resucitándole de los muertos.”
Efesios 1: 19-20.

Sabemos que fuimos resucitados juntamente con Cristo, según Efesios 2: 6, aun cuando la de cada uno se va cristalizando con el transcurso del tiempo en el que le toca vivir y actuar. Ahora bien, levantar a Cristo de entre los muertos era como levantar una pluma, figurativamente hablando. La razón estriba en que por no haber pecado nunca era imposible que la muerte lo retuviera. (Ver Los Hechos 2: 24)

El caso de la multitud de millones y millones de creyentes de todos los tiempos era bien distinto, y para ello hizo falta lo que hemos llamado, simbólicamente hablando, la grúa formidable de la resurrección de Cristo. En ella el Padre desplegó ese poder tan supereminente que Pablo describe de forma tan expresiva y superlativa.

u) La ascensión – otro hecho estupendo sobremanera.

“...y sentándolo a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo sino también en el venidero.” (Efesios 1: 20b-21).

“...y juntamente con él...asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús.” (Efesios 2: 6).

El mismo principio que el que hemos visto en el punto anterior, y algo típico de un Dios que no hace las cosas de “a puchos” – valga el americanismo que nos permitimos -

sino de un solo golpe, bien que la cristalización en la vida de cada uno se va consumando en el tiempo que le toca vivir, actuar y decidir.

v) El evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo.

Este aspecto lo hemos tratado en capítulos anteriores, lo que nos exime de hacer comentarios.

w) Para llenarlo todo.

“El que descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo.” Efesios 4: 10.

En la consumación final se llegará al punto maravilloso de que todo estará llenado por él, con Su persona admirable y todos Sus atributos y virtudes de gracia, amor, misericordia, santidad, fidelidad, sabiduría y poder desplegados por doquier y eternamente.

x) El varón perfecto.

“...hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.” Efesios 4: 13.

Otra perspectiva maravillosa del glorioso destino final que nos aguarda.

y) La plenitud cuadridimensional del amor de Cristo.

“..y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios.” Efesios 3: 19.

¡Vamos de gloria en gloria, cada vez a una cumbre más alta!

z) El Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último. (Apocalipsis 22: 13).

Con esto hemos llegado al final de nuestro recorrido que, como dijimos, hemos hecho coincidir con las veintinueve letras de nuestro abecedario. ¿Dónde comienza ese principio y dónde concluye ese fin? Por cierto que es algo que escapa a la comprensión de nuestras mentes estrechas y finitas.

Con todo, sabemos que, según vimos en un punto anterior, el Padre ha puesto todas las cosas - incluso las vidas de cada uno de nosotros, los Suyos - en las manos de Él. De estar en las manos de cualquier otro tendríamos sobrada razón para estar preocupadísimos. Pero estando en manos Suyas nos sabemos y sentimos seguros, felices y dichosos por siempre jamás.

Una nota final para cualquier lector o lectora que quisiera ampliar y profundizar sobre este tema tan particular y tan vasto.

En los capítulos VIII y IX de nuestro segundo libro titulado "Hora de Volver a Dios" todos estos puntos se tratan con mucho más detalle y amplitud. No los hemos citado textualmente y por completo, pues, como dijimos, sería demasiado extenso.

Lamentablemente, el libro está agotado, pero hay centenares de ejemplares del mismo - y también de "Cristo, Sabiduría de Dios" al cual nos hemos referido anteriormente en los mismos términos - diseminados entre muchos hermanos en gran parte de España. Aun cuando parezca una sugerencia extraña, indagando seguramente

que habrá forma de conseguir un ejemplar, ¡aunque sea prestado!

• 11 •

La grandeza inescrutable de Dios. (I)

“Grande es el Señor, y digno de suprema alabanza; y su grandeza es inescrutable.”

Habiendo escrito sobre las inescrutables obras y caminos del Señor, y las también inescrutables riquezas de Cristo y del evangelio, ahora pasamos a ocuparnos de la grandeza inescrutable del Señor.

Esto podría parecer una repetición pues en el capítulo anterior hemos comentado sobre la plenitud infinita de Cristo, “...el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén.” según se nos dice en Romanos 9: 5.

No obstante, lo hacemos ahora en cuanto al Dios Trino - Padre, Hijo y Espíritu Santo - abarcando aspectos de Su omnipresencia, omnisciencia y omnipotencia, reflejados tanto en la creación, como en el trato con el hombre, y conscientes de que los mismos se relacionan y vinculan con muchísimas esferas más de lo que podamos concebir, aun

dando rienda suelta totalmente a nuestra imaginación, finita y estrecha como sin duda lo es.

Como Cristo forma parte de la Trinidad, en algunos puntos necesariamente habrá, no digamos una repetición, sino más bien una superposición, por lo menos con respecto a algunos puntos tratados anteriormente. Esto desde luego que resultará inevitable, pero no lo consideramos desubicado ni fuera de lugar.

Con las debidas disculpas por esta más bien extensa introducción, entramos ahora en materia.

La mejor manera de comenzar que se nos ocurre es la de considerar y reflexionar sobre el maravilloso Salmo 139. Creemos que en toda la Biblia éste es el pasaje que con más amplitud y visión nos habla de la omnisciencia y omnipresencia de Dios.

Por cierto que debemos agradecerle al Espíritu Santo por la riquísima inspiración otorgada a David, para que con su pluma galana nos pudiera edificar y enriquecer tanto con la joya de semejante salmo.

“Oh Jehová...” Conceptuamos que la interjección oh que aquí se antepone al nombre de Dios Jehová, quizá nunca o casi nunca ha sido empleada con tanto acierto.

Como sabemos, denota asombro y también gran admiración, y todo lo que sigue es para llenarnos de admiración, y además de asombro y mucho más.

“...tú me has examinado y conocido” Pensemos en el Señor tomando la lupa (hablamos figurativamente, pues desde luego que Él no la necesita) y conociendo y examinando con lujo de detalles, hasta el más minúsculo aspecto de nuestra pequeñísima persona.

Lo que sigue corrobora y amplía esto de una manera casi diríamos aplastante. *“Tú has conocido mi sentarme y levantarme; has entendido de lejos mis pensamientos. Has escudriñado mi andar y mi reposo, y todos mis caminos te son conocidos. Pues aun no está la palabra en mi lengua, y he aquí, oh Jehová, tú la sabes toda. Detrás y delante me rodeaste, y sobre mí pusiste tu mano.”*

Cada vez que uno se sienta o se levanta (lo hacemos extensivo a todos nosotros, los Suyos de verdad) Él sabe con una minuciosidad increíble cada detalle. Lo cómodo o incómodo del asiento, la prisa o lentitud con que nos levantamos para cambiar de posición, etc. etc. y entretejido con todo eso, el conocimiento desde lejos de los pensamientos que se cruzaban por nuestra mente al hacer tanto lo primero como lo segundo.

En cuanto a nuestras palabras - ¡y cuánto hablamos a lo largo de toda la vida! - antes de que pronunciemos cada una, Él, el omniscientísimo Ser Supremo, la sabe toda: cuántas vocales y consonantes podrá tener, no importa el idioma o dialecto a que pertenezca, el mayor o menor énfasis que le demos, la claridad de nuestra pronunciación o la falta de ella, el tono que refleja, ya sea cordial y amigable, hostil, amargo, altanero, manso, quejoso o de protesta, y un sin fin de otras posibilidades.

Como si esto fuera poco, en la trama de todo esto el entender de lejos cada pensamiento; cuando nuestra mente acompaña a lo que estamos diciendo, las motivaciones que albergamos, ya sea de vanidad y lucimiento personal, de humildad fingida o de humildad auténtica, y las mil y una variantes posibles.

Y además, cuando la mente divaga, yendo de un tema para otro con mayor o menor ilación entre ellos, hasta que por fin caemos en la cuenta de que debemos pensar con más mesura y orden, etc. etc.

No queremos cansar al lector presentando más posibilidades – que desde luego las hay, y muchísimas – y en cambio redondeamos con las mismas palabras de David en el versículo 6: *“Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí; alto es, no lo puedo comprender.”*

Aquí cabe una reflexión sobre la diferencia entre la reacción y la postura ante todo lo anterior, por parte de un verdadero hijo de Dios por una parte, y por la otra, la de quienes no lo son.

Los que lo somos, de buen grado nos hacemos eco pleno y absoluto de todo cuanto David nos presenta en el glorioso salmo en que estamos. Sabemos que es así; pensamos que todavía se queda corto, y nos llena de la más íntima y profunda satisfacción, y asimismo nos comunica un sentir de gozo, seguridad y confianza.

En cuanto a quienes no han experimentado la dicha del nuevo nacimiento, no nos cabe ninguna duda de que la reacción y postura serán muy distintas, y habrá en las mismas una gran variedad.

Las personas temerosas de Dios, posiblemente lo acepten, y algunas de buen grado también. Pero por supuesto que habrá muchos escépticos que no darán crédito a nada o casi nada de lo que David nos dice, ni de nuestros comentarios y reflexiones al respecto.

Habrà a no dudar los que piensen que es imposible que haya un Ser con tan infinita omnisciencia, debido

sencillamente al hecho de que no conocen ni han conocido en la práctica de la vida actual nada de esa índole.

Todo el mundo de las posibilidades y recursos, tanto suyos como de los demás seres humanos, no puede alcanzarlo ni remotamente, y por lo tanto lo descartan, pensando quizá que se trata de una utopía bastante ingenua, o sencillamente de una imaginación propensa a buscar alturas y grandezas que en realidad no existen.

Todo ello implica, de una forma u otra, negar la existencia del Dios Supremo Creador de todo el universo, y sabemos que tristemente esto se ha incrementado en gran manera en las últimas décadas.

Quien esto escribe recuerda haber aprendido unos setenta y cinco años ha el preámbulo de la constitución del país del cual es oriundo, la República Argentina. Terminaba con las palabras *“invocando la protección de Dios, fuente de toda razón y justicia, ordenamos, decretamos y establecemos la presente constitución para la Nación Argentina.”*

Con los conceptos del humanismo, la nueva era y otras muchas corrientes semejantes que están proliferando por doquier hoy en día, dudamos que al establecer una constitución haya en la actualidad muchos, o siquiera algunos políticos que piensen en incluir palabras semejantes.

Esto es, desde luego, un cumplimiento de la predicción que figura en las Sagradas Escrituras de la apostasía que habrá en los últimos tiempos.

Este rechazo de Dios, o ateísmo a ultranza, puede proceder de diversos motivos. Sin duda se debe en gran parte a lo que Pablo nos dice en 2ª. Corintios 4: 4 - *“...el dios*

de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que nos les resplandezca la luz del evangelio de Cristo, el cual es la imagen de Dios."

Pero también cabe consignar que para muchos el descartar la existencia de Dios se debe a no querer rendirle cuentas a Él de todos sus hechos, con la postura cómoda para ellos, pero totalmente engañosa y peligrosa, de no ser moralmente responsables ante un Ser Supremo santo y justo, bien que de sus hechos que podrían ser delictuosos, lo tienen que ser ante las autoridades terrenales.

Retomando el hilo, los versículos 7 al 10 del salmo en que estamos pasan a la omnipresencia de Dios. "*¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; si en el Seól hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás. Si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar, aun allí me guiará tu mano y me asirá tu diestra."*

Notemos con qué gracia y elegancia David se expresa aquí, desplegando lo que ya hemos calificado de su pluma galana, producto indudablemente de la inspiración divina en su vida desde el día en que Samuel llenó su cuerno de aceite y fue a Belén a ungirlo. (Ver 1^a. Samuel 16: 1 y 13)

Acude a nuestra mente el recuerdo del caso de Jonás, el profeta ultra patriota.

"Y Jonás se levantó para huir de la presencia de Jehová a Tarsis, y descendió a Jope, y halló una nave que partía para Tarsis, y pagando su pasaje, entró en ella para irse con ellos a Tarsis, lejos de la presencia de Jehová," (Jonás 1: 3)

Se nos ocurre calificar lo que hizo de **ingenua inocencia**, si cabe tal cosa. Que un profeta del Señor ignore Su omnipresencia, que es un atributo esencial de su deidad, es

algo casi inconcebible. ¡Imaginadlo pagando su pasaje y subiendo a bordo muy ufano, pensando que ahora se iba lejos de Dios, escapándose y desentendiéndose del mandato recibido!

No vamos a extendernos en comentar el resto del relato, pero sólo acotamos que el Señor se encargó de no dejarle ninguna duda en cuanto a Su omnipresencia y que es imposible escaparnos de Él.

El mismo Salomón, hijo de David, manifestó un buen conocimiento de la omnipresencia divina en su oración de 2ª. Crónicas 6: 18 al decir:- *“Mas ¿es verdad que Dios habitará con el hombre en la tierra? He aquí, los cielos de los cielos no te pueden contener, ¿cuánto menos esta casa que he edificado?”*

Por nuestra parte, tratamos en la vida cotidiana de tomar una mayor conciencia de esa omnipresencia que nos rodea continuamente. A veces, cuando abundan las situaciones difíciles y los problemas pendientes de resolución, nos resulta un oasis en el cual nos refugiamos y cobramos aliento y consuelo.

Así nos abstraemos de los que nos rodea, para disfrutar del solaz y la confianza que Su presencia maravillosa nos comunica. Además, se convierte en una forma eficaz de mantener una buena relación con Él.

Un punto más sobre esto. Si tuviéramos delante nuestro al mismo Señor Jesús, mirándonos y escuchando de cerca cada palabra que decimos ¡qué personas ejemplares seríamos! ¡Qué modelos de conducta intachable y de hablar sabio y prudente!

Continuando con nuestro querido salmo 139, a partir del versículo 13 David profundiza aun más sobre la

omnisciencia de Dios, consignando cosas sorprendentes y asombrosas, que recrean nuestra alma con el sano deleite de saber que pertenecemos a un Dios tan formidable y maravilloso.

“Porque tú formaste mis entrañas; tú me hiciste en el vientre de mi madre. Te alabaré, porque formidables, maravillosas son tus obras; estoy maravillado y mi alma lo sabe muy bien. No fue encubierto de ti mi cuerpo, bien que en oculto fui formado, y entretejido en lo más profundo de la tierra. Mi embrión vieron tus ojos, y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas que luego fueron formadas, sin faltar una de ellas.” (139: 13-16)

David aquí nos hace saber que él no sólo fue creado en el vientre de su madre - y antes de agregar lo que sigue - se detiene para manifestar que está maravillado y se siente muy movido a alabarlo al Señor por Sus formidables y maravillosas obras.

Seguidamente declara que siendo él un pequeño embrión los ojos divinos lo vieron, y además que en Su libro - lo llamamos el de la creación de David - estaban escritas de antemano todas aquellas partes de su cuerpo que más tarde fueron formadas, sin faltar una de ellas.

Nos está diciendo que el color, la forma y el tamaño de sus ojos, de sus cejas y pestañas, de su nariz, y orejas, de cada dedo de sus pies y de sus manos, y en fin, cada miembro de su cuerpo, estaba especificado minuciosamente en el libro divino, y al nacer se pudo comprobar que todos habían sido formados con rigurosa exactitud y sin que faltase ninguno de ellos.

Esto es para dejarlo a uno maravillado, y más que eso, absorto, atónito, pasmado y estupefacto. Pero debemos

agregar que semejante maravilla debe hacerse extensiva por lo menos a cada verdadero hijo de Dios.

Sin jactancia, quien esto escribe tiene sobrados motivos para saber que era bien conocido por el Señor en todos los aspectos cuando aún estaba en la matriz de su madre.

Multiplicándolo por los miles y millones de santos de todos los tiempos todo esto se eleva mucho más allá de lo que podríamos decir - por dar una cifra altísima - la trillonésima potencia.

Los cuatro adjetivos puntualizados anteriormente - absorto, atónito, pasmado y estupefacto - en realidad no alcanzan para señalar algo que sin duda va más allá, y que para definirlo cabalmente creemos que no hay vocablos indicados ni suficientes, tanto en nuestra lengua castellana como en los demás idiomas del mundo.

De paso, nos hacemos una pregunta. Las empresas que fabrican automóviles, artefactos tales como frigoríficos, generadores de electricidad, etc. y que para cada uno tienen un manual de especificación detallada de cada una de las partes que los componen ¿lo habrán aprendido de este salmo?

Es poco probable, pero de todos modos, significativamente ponen en práctica este principio que la sabiduría de Dios emplea y ha empleado en la creación de cada uno de Sus hijos.

En los versículos 17 y 18 David expresa lo precioso que le resultan los pensamientos de Dios, que están llenos de amor, sabiduría, gracia, misericordia, fidelidad, verdad y tantos otros de Sus atributos maravillosos. Sabe que son muchísimos, y afirma que si los enumerase se

multiplicarían más que la arena, lo que nos da una idea de su sobresaliente visión y conocimiento del gran Dios de su vida.

Concluye con las hermosas palabras *“Despierto y aún estoy contigo.”* Al cerrar los ojos y conciliar el sueño, se nos ocurre, o mejor dicho se da a entender por el texto, que se encontraba envuelto en la preciosa presencia del Omnipresente. Y el amanecer le resulta un dulce despertar, en el que continúa sumido aún en esa gloriosa presencia. Muy hermoso, ¿verdad?

En abierto contraste con toda esta dicha, el salmo nos señala en los versículos 19 al 22 el terrible fin que tendrán los impíos, que lejos de reconocer y honrar esa grandeza sin par del ser divino, optan por tomar en vano Su nombre y blasfemar.

Que la gracia del Señor nos permita vivir y actuar siempre en sentido total y diametralmente opuesto, amándolo y dándole lo mejor de nuestras vidas.

El salmo concluye con una súplica muy sabia, de la cual todos haríamos muy bien en hacernos pleno eco.

“Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos, y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno.”

Un digno broche de oro – ser guiados en el camino eterno, el de Aquél que es no solamente el camino, sino también la verdad y la vida.

•12•

La grandeza inescrutable de Dios. (II)

Apoco de comenzar el capítulo anterior, dijimos que creíamos que el salmo 139 es el pasaje de la Biblia que con más amplitud y visión nos habla de la omnisciencia y omnipresencia de Dios.

No obstante, consideramos ahora que debe tenerse muy en cuanto la extensa parte que se extiende en el libro de Job desde el capítulo 38 hasta el 42. En ella, después de haber hablado largo y tendido tanto Job como sus tres supuestos consoladores y el joven Eliú, por fin tomó la palabra el Eterno Jehová. Lo hizo formulándole a Job una serie de preguntas, las cuales tratamos con cierto detalle en nuestro cuarto libro titulado “Las Preguntas de Dios.”

No vamos a repetir lo escrito en esa oportunidad, pero en cambio tomaremos algunas partes de esos capítulos, sobre todo los que hacen a la grandeza y total autosuficiencia del Ser Supremo. Las mismas no figuran en nuestra obra anterior y son de cosecha más reciente.

También comentaremos sobre algunos puntos que aportan y aparecen en el resto del libro.

“¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra? ¿Quién ordenó sus medidas, si lo sabes? ¿O quién extendió sobre ella cordel? ¿Sobre qué están fundadas sus bases? ¿O quién puso su piedra angular, cuando alababan las estrellas del alba y se regocijaban todos los hijos de Dios?” (38: 4-7)

Aquí vislumbramos al sapientísimo y todopoderoso Creador dando forma y medida a nuestro planeta, tan vasto para cada uno de nosotros, sus habitantes, y sin embargo, sólo una minúscula parte de todo el universo.

Cumplida esa labor inicial, decidió con su genio sin igual *colgar el planeta sobre nada*, tal como lo señala Job en un destello de inspiración divina. (26: 7)

Colegimos que semejante demostración de estupendo y formidable poder y sabiduría creativa, despertó el asombro y la admiración tanto de las estrellas del alba como de los hijos de Dios, presentes en aquella ocasión tan portentosa. Aquéllas prorrumpieron en alabanza, y éstos estallaron en incontenible regocijo.

También en el mismo capítulo 26 Job puntualiza una serie de maravillas dignas de mención.

“Ata las aguas en sus nubes y las nubes no se rompen debajo de ellas.” (26: 8) Sin un envoltorio que las contenga, ata las aguas de tal manera que no se derraman y quedan inmersas en las nubes hasta que Él disponga - ya sea con o sin relámpagos o truenos - que se precipiten sobre la tierra, ora como borrasca, ora como lluvia suave o garúa.

Asimismo adorna los cielos con el titilar de las estrellas en la noche (26: 13^a) y con radiante esplendor de día, o bien

con nubes de las más variadas. Al contemplar éstas, más de una vez hemos pensado en el Señor como un pintor genial, que produce en el cielo los cuadros más variados y hermosos y en riquísima abundancia.

Pero a diferencia de los pintores humanos que conservan sus cuadros y los exhiben en ocasiones propicias, Él, tras haberlos exhibido en los cielos más bien fugazmente, los descarta, pues no necesita guardarlos – sabe bien que con Su genio inagotable muy pronto habrá de producir muchos más y de la misma o mayor hermosura.

Muy bien concluye Job su capítulo, con un acertadísimo tributo a la omnisciencia y omnipotencia divinas.

“He aquí, estas cosas son sólo el borde de sus caminos; ¡y cuán leve es el susurro que hemos oído de él! Pero el trueno de su poder ¿quién lo puede comprender?” (26: 14)

Continuamos con otro par de preguntas que le formula a Job.

“¿Supiste tú las ordenanzas de los cielos? ¿Dispondrás tú de su potestad en la tierra?” (38: 33)

Estas preguntas van precedidas de varias más en las que se mencionan varias estrellas y se habla de las constelaciones, sin nombrar estas últimas. Como sabemos, el zodiaco, o la banda zodiacal, es una franja ancha en los cielos, dentro de la cual la luna y el sol de nuestro sistema planetario giran siguiendo sus órbitas correspondientes.

Dentro de esa banda se reconocen doce constelaciones que no viene al caso enumerar.

Llaman la atención las palabras las ordenanzas de los cielos. Eso denota que hay un orden establecido por el

Altísimo, al cual todos los planetas y las estrellas rinden rigurosa y puntual obediencia. Nunca sucede que por quedarse dormido o cualquier imprevisto el sol se levanta tarde, o la luna se demora en algunas de sus cuatro fases.

Pero nos consta que ese orden en cuanto a sus correspondientes órbitas no es el único cometido de los cuerpos celestes. En Jueces 5: 20 encontramos la sorprendente declaración: *“Desde los cielos pelearon las estrellas; desde sus órbitas pelearon contra Sísara.”*

No pretendemos comprender exactamente de qué manera lo hicieron; tal vez alguna mente más iluminada lo pueda explicar, pero lo cierto es que sin dejar de ceñirse a las órbitas que les han sido establecidas, las estrellas en esa ocasión hicieron sentir el peso de su influencia en contra de un enemigo del pueblo de Dios.

Sabemos concretamente que el Señor ha dispuesto en los cielos los tesoros del granizo, reservado para el tiempo de angustia y el día de la batalla, según Job 38: 22b-23. Ciertamente, el granizo cayó en Egipto con todo su potente impacto cuando Faraón se negaba a dejar en libertad al pueblo de Israel, al cual había subyugado y oprimido con dura servidumbre.

También sabemos que caerán grandes piedras de granizo desde los cielos como parte de las plagas apocalípticas previstas contra los infieles, rebeldes y blasfemos. (Ver Apocalipsis 8: 7 y 16: 21)

En cuanto al accionar de las estrellas citado anteriormente, nos conformamos con saber que en el más allá lo comprenderemos con toda claridad.

También debemos ocuparnos de algunos aspectos

sorprendentes de la creación, y a los cuales estamos tan acostumbrados que los damos por sentados, sin reparar en que son totalmente milagrosos.

“¿Quién encerró con puerta el mar, cuando se derramaba saliéndose de su seno, cuando puse yo nubes por vestidura suya, y por su faja oscuridad, y establecí sobre él mi decreto, le puse puertas y cerrojo, y dije: Hasta aquí llegarás, y no pasarás adelante, y ahí parará el orgullo de tus olas.” (Job 38: 8-11)

¡Cuántas veces al bañarse uno en la playa y contemplar el anchuroso mar que se extiende en lontananza, no considera para nada un fenómeno realmente formidable que tiene delante de sus ojos!

Esa cantidad enorme de agua, imposible de medir, muy bien podría y debería derramarse por doquier causando grandes estragos y aun cobrándose muchas vidas. Mas el Todopoderoso se ha encargado de que eso no suceda, encerrándola con puertas invisibles pero totalmente eficaces.

Así, cuando sus aguas están agitadas y sus gigantescas olas avanzan hacia la playa en que estamos, vemos una y otra vez que alcanzan un punto en que se despeñan, pierden su empuje y vigor, y terminan plácida y mansamente, obedeciendo fielmente el decreto divino que les ha dispuesto el límite que no deberán pasar.

Y dentro de las ordenanzas del cielo citadas anteriormente, claro está que entra en juego la gravitación de la luna y el sol, que determinan cada doce horas la marea alta y la baja.

Asimismo, no dejan de llamar la atención las palabras *“Cuando puse yo nubes por vestidura suya...”* también citadas

más arriba. Esto es fácilmente verificable, toda vez que el color del mar está fijado por las nubes en sus diversos matices, o bien la ausencia de ellas, así como la luna en una noche despejada le proyecta una franja de plateado intenso que en muchas oportunidades uno se ha deleitado en contemplar. Y también durante el día, estando el cielo despejado, lo mismo sucede con la hermosa franja dorada proyectada por el sol.

En otro orden de cosas, a partir de la vergonzosa caída de Adán y Eva, el sexo es posiblemente lo que más ha envilecido la serpiente, dándole toda clase de distorsiones y perversiones. Tan es así, que en algunos círculos parece el tema preferente, que a menudo va acompañado de mil y una obscenidades.

Por lo contrario, en otros lugares, quizá por ignorancia o alguna otra razón, el sexo es un tema prohibido, del cual no hay que hablar en absoluto.

No obstante, podemos hablar del mismo desde la perspectiva correcta y bíblica, y ante la santidad de Dios y con el temor del Señor.

En primer lugar, la Biblia nos dice claramente que en un principio Dios creó al hombre y a la mujer en el sexto día, y en el séptimo, al contemplar todo cuanto había creado desde el primer día, se dio por sumamente satisfecho al ver que *todo era bueno en gran manera*.

Ese todo incluía al hombre y la mujer, los cuales han sido creados con una mutua atracción al sexo opuesto. Correctamente encauzada, esa atracción normalmente conduce al amor, al noviazgo, y al matrimonio, dentro del cual está establecida la relación sexual, con no sólo el

propósito de la procreación, sino también para consuelo y deleite de ambas partes, y asimismo la consolidación del vínculo matrimonial.

Como consecuencia se llega eventualmente a la concepción, el embarazo, y el parto, todo lo cual encierra un mundo de maravillas propias del genio del sapientísimo Creador.

Quien esto escribe ha tenido el agrado de acompañar a su querida esposa en cuatro de sus cinco alumbramientos, y todas las veces que lo hizo quedó impactado y muy conmovido, al contemplar ese milagro de tener delante de su ojos una nueva criatura, recién nacida, preciosa y perfecta.

Ahora bien, para algún lector que pudiera inclinarse por la teoría de la evolución, ¿le parece razonable pensar que desde un principio, cuando no existía nada ni nadie, ya sea por un proceso gradual, o bien por un milagro venido de quién sabe dónde, se formó y forjó repentinamente esta maravilla que hemos estado consiguando, junto con un universo de otras maravillas, todas ellas estupendas y admirables?

Creemos que la única conclusión razonable y lógica, es que detrás de todo esto debe haber mediado una causa inicial para que pudiese plasmarse y concretarse, y esa causa no puede ser otra que el Dios Omnipotente, Omnisciente y Omnipresente que la Biblia nos declara que lo creó todo en un principio.

Pasamos ahora a otro punto que no hace mucho nos impactó. Estaba preparándome para dar una charla en una comunidad de vida en Albacete, pero me di cuenta que el

Señor me estaba hablando. Me hizo recordar como en otras ocasiones, al hablar sobre la persona de Apolos, había subrayado la diligencia, el esmero y el ahínco con que enseñaba y predicaba. Y lo hizo haciéndome entender que yo no me estaba preparando con toda esa diligencia, esmero y ahínco.

Por lo tanto, seguí en oración buscando ser más inspirado en cuanto a lo que tenía que decir, y como resultado me vinieron uno o más puntos nuevos e importantes que enriquecieron la palabra que pude dar, la cual resultó así de provecho para los que la escucharon.

En esto, claro está, tuve otra pequeña pero significativa muestra de la mano de un Dios que todo lo sabe y todo lo ve y conoce, con la minuciosidad propia del caso – es decir, haciéndome recordar lo que yo mismo había dicho en una ocasión anterior, y el hecho de que no lo estaba haciendo con todo el esfuerzo necesario, etc.

Aunque no deja de ser milagroso, podríamos decir que esto es normal y corriente para todo siervo del Señor que busque vivir cerca de Él y agradecerle en todo.

No obstante, reflexionando sobre esa experiencia, pensé que mientras el Señor me hablaba personalmente con tanta minuciosidad y detalle, se encontraba atendiendo a otras múltiples situaciones – oraciones, necesidades, ruegos, algunos muy sinceros, otros no tanto, etc.

Si dos o tres personas nos hablan al mismo tiempo, lo normal es pedirles que lo haga uno a la vez para poder enterarnos bien de lo que cada uno nos está diciendo. Pues bien, el Señor estaba oyendo y atendiendo simultáneamente millones, billones y trillones de oraciones

en todos los idiomas y muchos dialectos de toda la tierra y *¡podía atenderlos todos a la vez sin inmutarse, ni impacientarse en absoluto!*

Posteriormente pensé también que esa atención simultánea a todo lo habido y por haber, no era algo solamente acaecido en esa coyuntura en que me había hablado de forma personal y tan detallada. Era y es algo que sucede continuamente las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana - *¡y Él puede atender todo con absoluta calma y dominio de cada situación, dando Su beneplácito a quienes le están agradando, su descontento a quienes no lo están haciendo, y mucho, muchísimo más que resultaría imposible de consignar por ser absolutamente interminable!*

No sé qué piensa el lector, pero a mí esto me asombra sobremanera.

·EPÍLOGO·

Al acercarnos al final de esta obra tratamos de pensar qué podrá pensar cada lector. Posiblemente algunos piensen que una exposición tan extensa sobre la grandeza inescrutable del Señor, por más verdad que contenga, se encuentra algo ajena al pragmatismo de la vida cotidiana, en la cual se encuentran cargados y tal vez desanimados en razón de problemas sin resolver, necesidades en la vida espiritual, laboral y en el aspecto económico también, o un sinnúmero de posibilidades semejantes.

La respuesta para los tales es que Dios no nos ha dejado sin medios para enfrentar tales situaciones. Nos ha dado la oración como una puerta abierta al trono de la gracia día y noche; nos ha dado el Nombre sobre todo nombre para presentar nuestras plegarias y para rechazar al enemigo cuando nos acecha y trata de deprimirnos. Nos ha dado la sangre de Su Hijo amado derramada a favor nuestro, no sólo para que nos limpie de todo pecado, sino también para que se convierta en semilla de Su preciosa vida que se ha de ir reproduciendo gradualmente en nosotros.

Nos ha dado la palabra de verdad contenida en las Escrituras, con sus preciosas y grandísimas promesas, que abarcan todos los órdenes de la vida. Y en fin, siendo un Dios y Padre tan amante de Sus hijos como lo es, no ha escatimado nada que sea provechoso ni necesario para cada uno de nosotros.

Cumpla cada uno con su parte de buscarlo de forma sincera, humilde y con fe, y verá y comprobará que Él es absolutamente fiel y que cumple Sus promesas. Tal vez no todo se resolverá de inmediato, pero con toda seguridad Él irá dando esos alicientes y consuelos que nos harán saber que nos ha oído, que esta decididamente de nuestra parte, y que, habiendo Él puesto Su mano en el pequeño arado de nuestra vida, de ninguna forma se ha de volver atrás.

A otros que sin estar desanimados podrán preguntarse, no obstante, cuáles podrán ser los beneficios de tomar conciencia de esa grandeza inescrutable de la que han leído, les presentamos algunas sugerencias que estimamos podrán ser de provecho.

La primera es tener en cuenta que muchas veces, inadvertidamente, nos hemos hecho un Dios a nuestra pequeña medida, por así decirlo. Un Dios, por ejemplo, que sólo se desenvuelve dentro de la estrechez de los límites marcados por nuestra pequeña experiencia y nuestro pobre concepto de Él.

A veces podemos pensar que es un Dios que necesita nuestros pobres donativos para financiar la obra Suya, ignorando que cuando verdaderamente estamos abocados a empresas o proyectos que son auténticamente Suyos, Él se encarga de suplir cuanto haga falta según Sus riquezas en gloria en Cristo Jesús. (Ver Filipenses 4: 19)

Al ampliarse nuestros horizontes en cuanto a Su grandeza, riqueza, total autosuficiencia e ilimitados recursos, el resultado no podrá ser otro que el de enriquecer nuestras vidas, al par que llevarnos escalonadamente a una mayor madurez espiritual, que habrá de redundar a la larga en un fruto verdadero y de mayor calidad en nuestras vidas..

También hemos escrito sobre la necesidad de tomar mayor conciencia de Su omnipresencia, y que la misma nos acompaña y rodea en todo momento.

Esa presencia que nos acompaña no es por cierto la de todo el esplendor de Su gloria, honra y poder. De ser así, sucumbiríamos en el acto.

Es más bien tenue y suave, y se la apropia por fe, pero resulta muy real. Además, lejos de intimidarnos o infundirnos temor, siempre que andemos en la luz y en buena relación con Él, la encontraremos sumamente placentera y alentadora.

Por otra parte, o más bien mirando las cosas desde otra perspectiva, tengamos presentes las palabras tanto de Elías como Eliseo, dos grandes profetas del Altísimo.

“Vive Jehová Dios de Israel, en cuya presencia estoy...” (1ª. Reyes 17:1)

“Vive Jehová de los ejércitos, en cuya presencia estoy...” (2ª. Reyes 3:14)

“Vive Jehová en cuya presencia estoy...” (2ª. Reyes 5: 16)

El hecho de que las repitieran y siempre en tiempo presente, es una muestra de que era una realidad concreta en sus vidas, y que los convertía en santos varones de Dios.

Quienes los veían y conocían lo sabían muy bien. (Ver 2ª. Reyes 4: 9)

Y que no nos quepa ninguna duda de que ese tomar conciencia asidua de la presencia del Omnipresente con nosotros, tiene un evidente poder purificador y santificador, como ya hemos señalado e ilustrado anteriormente.

Como polo opuesto citamos las dos palabras de Giezi, el criado de Eliseo en 2ª. Reyes 5: 20 - "*Vive Jehová...*" Por cierto que no agregó en absoluto lo que su amo decía - "...en cuya presencia estoy" - porque él no tenía ninguna conciencia de la presencia y omnisciencia del Señor, pensando que podía mentir y engañar sin que Dios ni su amo se enteraran.

En realidad, padecía de la lepra del pecado, la mentira y el engaño en su alma, y como resultado inevitable esa lepra se propagó a su cuerpo, y tristemente, también a su descendencia. (2ª. Reyes 5: 27)

Pero como la nota más destacada y positiva de tomar conciencia no sólo de la omnipresencia, sino también de una mayor medida de la grandeza inconmensurable de nuestro Dios, debemos puntualizar el enorme caudal de fe, confianza, y sano y bien fundado optimismo que nos debe infundir.

Él todo lo sabe, todo lo ve, todo lo que el enemigo quiera hacer contra nosotros lo percibe de antemano, nada se le escapa, nunca se equivoca ni llega tarde, ni se precipita para actuar demasiado pronto.

En suma, Su perfección, proyectada en cada uno de Sus innumerables atributos - Su justicia, fidelidad, santidad, sabiduría, amor, gracia y misericordia - por citar solamente

siete de ellos, basta y sobra para hacernos sentir un sano orgullo de ser hijos de semejante Padre, Hermano Mayor y Espíritu Consolador.

Que esto sirva para disipar toda bruma de incertidumbre o temor que pudiera quedar, y al mismo tiempo nos llene de la más íntima satisfacción y alegría, y sea a la vez un tónico para nuestra alma que nos motive para seguir en la brecha hasta el fin de la carrera que tenemos por delante, dándole a Él lo mejor de nuestras vidas, amor y devoción.

Que por la gracia de Dios así sea en la vida de cada lector, y en la de quien esto ha escrito.

Si quiere conocer más sobre el ministerio de
Ricardo Hussey y su esposa Sylvia,

VISÍTENOS EN:
www.ricardohussey.com

Encontrará Audios, Vídeos, Libros, etc...

Impreso en Sevilla, España
Febrero, 2016
Eben Ezer Artes Gráficas
www.imprentaebenezzer.com